

La Ilustración Artística



Año XXIV

BARCELONA 2 DE OCTUBRE DE 1905

Núm. 1.240



SAFO, escultura de Enrique Waderé

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich. 1905)

SUMARIO

Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — La buena cosecha, por Rafael Ruiz López. — Consejos higiénicos. — Cosas que no deben hacer las mujeres. — El sultán de Marruecos fotógrafo. — Nuestros grabados artísticos. — Resumen de la guerra ruso-japonesa. — La separación de Suecia y Noruega. — Pablo Saborgnán di Brazza. — Problema de ajedrez. — La Conquistadora, novela ilustrada (continuación). — Jardines de árboles de formas caprichosas, por Howard C. Lessing. — Libros recibidos.

Grabados.— Safo, escultura de Enrique Waderé. — Dibujo de Buil que ilustra el artículo La buena cosecha. — Cuatro grabados que representan posturas perjudiciales á las mujeres. — El sultán de Marruecos fotógrafo, lámina compuesta por siete grabados. — Obras artísticas, de Pickford Marriot. — Vendedor ambulante, dibujo de Borrough Johnson. — La paz ruso-japonesa. Tokio. La muchedumbre acañada de la redacción del diario «Tchu-wo-Shimbun.» — Un adivino en el Cairo, cuadro de Max Rabes. — El cortejo de la Primavera, cuadro de Fernando Leeke. — Las fortalezas noruegas de Frederiksten y de Kongsvinger. — Pablo Saborgnán di Brazza. — Árboles de formas caprichosas. — Biener, el canciller del Tirol, en la dieta de Innsbruck, escultura en madera de Juan Pitschmann, reproducción exacta del cuadro de Carlos Anrather.

CRÓNICA DE TEATROS

Madrid ha recobrado su aspecto habitual, aspecto bonachón y alegre, que en parte depende de la despreocupación en que aquí se vive, no pensando sino en el momento presente, y en parte de lo apacible del otoño, la estación mejor del clima madrileño. En estos días tibios y dorados por un sol que calienta y no quema, la gente que ha pasado el verano fuera de Madrid acude á los paseos, deseosa de encontrarse y de reanudar sus interrumpidas relaciones; los comercios, hasta poco ha solitarios, se llenan de compradoras, ó más bien de compradores, en busca de equipos ó de galas para el próximo invierno; recuperan los cafés su perdida animación, y en los círculos literarios se hacen cálculos acerca de la temporada artística que ahora comienza.

* *

Varios teatros, aunque no de los más importantes, han abierto ya sus puertas. Apolo, como en años anteriores, congrega á sus fieles para deleitarlos con el género melodramático comprimido, que con tanto éxito se cultiva allí; la Zarzuela sigue el ejemplo de Apolo. Eslava se llena todas las noches con los admiradores de Loreto Prado, y el Cómico cultiva con gran provecho el arte del desnudo.

La novedad única que hasta ahora, ofrecen los teatros de la corte es la compañía que dirige el señor Tresols y que funciona en el Circo de Price. Cultiva esta compañía el melodrama, y justo es decir que lo cultiva con esmero.

Sabido es, ó por sabido lo tengo, que al pueblo soberano le encantan, interesan y emocionan más que ningunas otras obras teatrales las obras melodramáticas, siempre que se le sirvan «con todo el aparato que su argumento requiere.» La compañía que dirige el Sr. Tresols presenta el melodrama con propiedad y aun con relativo lujo, y lo representa con plausible cuidado artístico.

Ha inaugurado Price sus funciones con un drama histórico compuesto por un Sr. Tomaset y titulado *María Antonieta*. El autor, convencido sin duda de que la revolución francesa tiene por sí sola más fuerza dramática que la que pudiera poseer la inventiva del más exaltado dramaturgo, se ha limitado á dar forma escénica á algunos de los relatos emocionantes de aquel trágico período. Lo patético del asunto, la sobriedad con que lo ha tratado el Sr. Tomaset, la manera como se presenta el drama y el esmero con que lo representan los modestos artistas que dirige el Sr. Tresols, hicieron excelente impresión en el público numerosísimo que asistió á la función inaugural.

Pocas figuras tan trágicas en la historia moderna como la figura de María Antonieta. Su marido Luis XVI vivió como un burgués vulgar y murió como un santo. María Antonieta vivió y murió como una reina. Durante los primeros años de su reinado fué el ídolo de su pueblo; después el amor se convirtió en odio. «¡Muera la austriaca!» era el grito que resonaba rencoroso en todos los motines. Se le atribuía la peor parte en las intrigas cortesanas, se inventaban contra ella novelas como la famosa del collar, se la calumniaba como reina, como esposa y hasta como madre. Contra ella se publicaban libelos

y caricaturas infames. Todas las faltas, pecados y crímenes que la historia de Francia atribuye á los reyes desde el primer Capeto hasta Luis XV, reuníanlos la fantasía popular en aquella mujer hermosa, defensora de sus derechos, capaz quizás de los extravíos del orgullo, pero refractaria á toda bajeza y á toda cobardía. Si al rey le hubiera dotado Dios de la entereza con que dotó á María Antonieta, ó la revolución hubiera sido vencida, ó en todo caso el monarca, en vez de morir bajo el hacha de la guillotina, habría caído en el campo de batalla luchando por su corona y por la herencia de sus hijos.

Desde los primeros estremecimientos de la revolución la vida de María Antonieta fué un martirio cada vez más doloroso. Nada tan trágico como aquella larga calle de la amargura. Preséntanosla la historia por los años de 1777, en medio del brillo de su corte, rodeada de lujo, de adulaciones, de placeres. «En Versalles se celebraban tres espectáculos y dos bailes por semana; en Fontainebleau, tres espectáculos por semana también, y en todo tiempo en París fiestas, funciones teatrales, recepciones y banquetes espléndidos.» Hasta para los actos insignificantes de su vida rodeábanla en calidad de sirvientas las damas más ilustres de Francia. Taine, copiándolo de las memorias de una camarera, refiere cómo se verificaba el ceremonial de ponerse la reina la camisa. «Un día de invierno, Mad. Campan presenta la camisa á la reina; la dama de honor entra, se quita los guantes y coge la camisa. Llamán á la puerta; es la duquesa de Orleans: se quita los guantes y toma á su vez la camisa real. Llamán otra vez y entra la condesa de Artois, que hace uso del privilegio de tomar la misma prenda. En tanto la reina temblaba de frío, con los brazos cruzados sobre el pecho y murmuraba: «¡Esto es odioso, qué inoportunidad!» Esta mujer, objeto de tantas serviles atenciones, tenía que zurrirse, quince años después, por sus propias manos en la antesala del cadalso los desgarrones de sus ropas miserables.

El autor del melodrama nos presenta á María Antonieta, en vísperas de la revolución, preocupada con la fiesta teatral que está á punto de celebrarse. Aquella noche se va á representar en el teatro de Triánón la comedia de Beaumarchais *Le mariage de Figaro*. La reina se ha encargado del papel de Rosina, los personajes más ilustres de la corte de los demás papeles. La alegría de la fiesta que se prepara no deja oír á la reina los rugidos aún lejanos del pueblo que comienza á agitarse furioso.

Poco tiempo después, la multitud irritada y hambrienta (tan hambrienta que en la algarada del 5 de octubre—según refiere Michelet—encontraron las turbas á un caballero cabalgando en un caballo, y obligando á desmontar al jinete, se comieron cruda su cabalgadura) se dirigió capitaneada por caudillos frenéticos á Versalles, en donde á la sazón estaba la corte. Hubo atropellos, muertes, cabezas cortadas y paseadas en picas, insultos á las personas reales. El sangriento motín no hubo de apaciguarse hasta que Lafayette logró que la reina, acompañada de sus hijos, se asomase al balcón bajo el cual aullaba la multitud. El general besó la mano á la soberana y el pueblo aplaudió. Este hecho histórico ha servido al Sr. Tomaset para final del segundo acto de su drama.

¿Quién no tiene noticia de las amarguras que así la reina como el rey hubieron de apurar en los meses y años que siguieron á aquel acontecimiento? Fueron entonces las Tullerías, no palacio, sino cárcel de la regia familia. Se espía á los soberanos hasta en su alcoba, y los guardias que rodeaban á los reyes, más que á defenderlos en caso de peligro, atendían á vigilarlos. El rey, la reina, sus hijos y la hermana del monarca, disfrazados, lograron escapar y pudieron llegar hasta Varennes. Detenidos allí, fueron conducidos á París entre los insultos y las amenazas de los revolucionarios, que acudían de todas partes para ver pasar á los apresados fugitivos. En aquellos días se trocaron en blancos los rubios cabellos de María Antonieta.

Más duro que antes fué el cautiverio en las Tullerías, cautiverio al que pretendían darle un irrisorio aspecto de libertad. El populacho de París, cada día más enardecido, cantaba debajo de los balcones de la austriaca canciones insultantes; en el paseo la seguían los silbidos de la multitud, y su presencia en el teatro, cuando se le permitía asistir á él, era saludada con rumores hostiles. A propósito de esto refiérese una anécdota que hace honor á la naturaleza humana.

El primer día que, después del regreso de Varennes, pudo la reina ir al teatro, los jacobinos y realistas que ocupaban la sala, los unos en contra de la reina y los otros en su favor, estuvieron á punto de venir á las manos. Una actriz llamada la Dugazon

quiso indemnizar á la reina de los agravios que la inferían los jacobinos, y aprovechando una frase de su papel, se acercó al palco regio y exclamó con apasionado acento: «¡Oh, Dios mío, cuánto amo á mi señora!» Posible es, casi seguro, que aquella frase costaría la vida á la valerosa actriz en los sangrientos días del Terror.

El 20 de junio de 1792, las Tullerías fueron asaltadas por el pueblo, y el rey se vió obligado á ponerse el gorro frigio y á brindar por la revolución. El 10 de agosto, después del asalto del palacio y de la espantosa matanza de los suizos, heroicos defensores del trono francés, Luis XVI y su familia fueron entre bayonetas y picas á refugiarse en la Asamblea. La jornada del 10 de agosto es el asunto del tercer acto del drama *María Antonieta*.

Cinco meses después, ó sea el 21 de enero de 1793, Luis XVI era decapitado en la plaza de la Revolución. El Sr. Tomaset ha formado el acto cuarto de su drama con los tristes pormenores de la última noche del infortunado monarca.

La reina, viuda, pasó por el dolor de que le arrancasen á su hijo, el delfín, para entregarlo á la bárbara tutela del zapatero Simón (acto quinto). El 16 de octubre María Antonieta sufrió el último martirio. Su actitud y sus nobles respuestas ante el tribunal revolucionario llegaron á conmover hasta á las mismas furias de la guillotina. Fué al cadalso sin dar la menor muestra de flaqueza. Por un refinamiento de crueldad, la comitiva que conducía á la reina se detuvo largo tiempo delante de las Tullerías. Desde la carreta que la llevaba á morir y entre las injurias del populacho, contempló María Antonieta con ojos enjutos los muros de aquel alcázar en cuyos dorados salones ella, la reina de Francia, hermosa, adalada, ensalzada, había brillado poco tiempo antes en el apogeo de su deslumbradora realeza.

Con paso firme subió las gradas del cadalso, avanzó hasta la guillotina con la misma distinción y elegancia—dice Lamartine—con que cruzaba en los días de su gloria las salas de Versalles, y murió, en fin, con la entereza y el valor de un héroe.

* *

Claro es que el drama del Sr. Tomaset no termina con estos trágicos pormenores. El último acto de su obra es lo que pudiéramos llamar «la capilla» de María Antonieta. El drama acaba saliendo la reina de la Conserjería para ir al cadalso.

El público tan numeroso que casi llenaba el teatro, y hay que advertir que el circo de Price es poco menos grande que una plaza de toros, conmovióse ante las desventuras de María Antonieta, muy discretamente representada por la Sra. Echevarría.

* *

Un hecho significativo pude apreciar aquella noche y que prueba la influencia que el sentimiento, aun siendo producido por una ficción, ejerce sobre las muchedumbres. Fué el caso que, antes de empezar la representación del melodrama, la orquesta, á guisa de introducción de la obra, tocó la Marsellesa. Una gran parte del público de las galerías aplaudió ruidosamente el célebre himno: creía, sin duda, que iba á ver un drama antimonárquico. Comenzó la función, y á medida que se sucedían los infortunios de la familia real, los entusiasmos republicanos manifestados con singular vehemencia momentos antes, fueron enfriándose hasta el punto de que al despedirse Luis XVI de los suyos, para ir al cadalso, no había en la sala ni una sola persona que estuviera de parte de la Convención.

—Lo que me hubiera gustado, decía un obrero en medio de un grupo de compañeros suyos, al salir del teatro, es que le hubiesen cortado la cabeza al pillo del zapatero Simón.

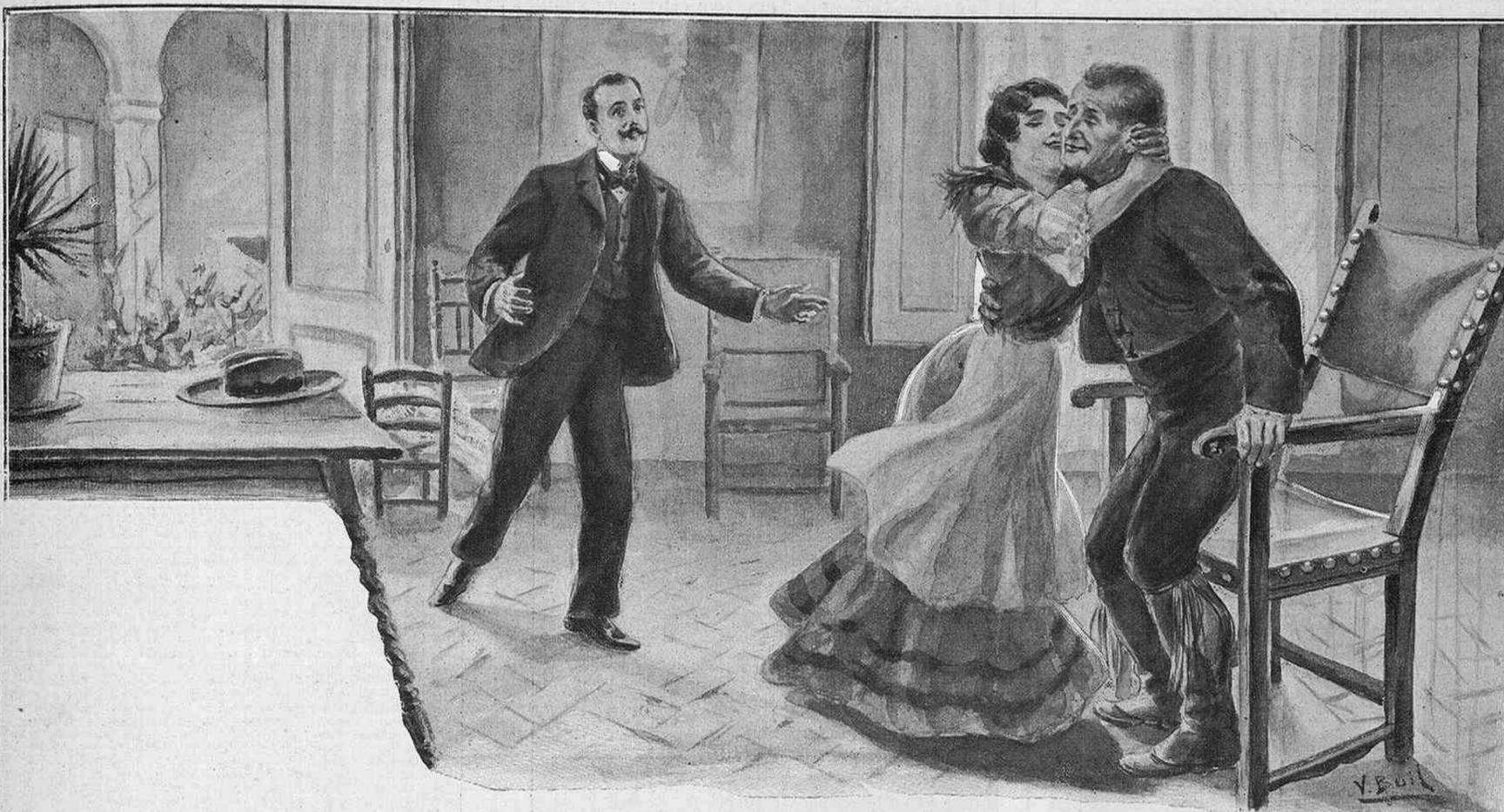
—¡Y que lo digas!, asintieron los otros.

Este mismo deseo era sin duda el de todos los que tres horas antes habían aplaudido á rabiar el himno republicano.

* *

Si como es de presumir, la compañía que dirige el Sr. Tresols sigue representando melodramas con el esmero y la propiedad con que ha puesto en escena el titulado *María Antonieta*, tengo por seguro que el Circo de Price ha de ser uno de los teatros más concurridos de Madrid durante la próxima temporada. No irán allí los refinados é intelectuales, pero el pueblo encontrará por poco dinero placeres y emociones que quizás no encontraría en grandes dramas filosóficos de complicado y trascendental simbolismo.

ZEDA.



Ambos corrieron á abrazar al tío Roque, que balbuceaba conmovido...

LA BUENA COSECHA

—He dicho que *pa* cuando se coja la *acituna* y esa es mi última palabra. Conque, no le des *güeltas*.

Juan Pedro insistió: ¿qué necesidad tenían de esperar tanto? Él, á Dios gracias, era rico; verdad es que no tenía fincas; pero, en cambio, los cupones del papel que le había dejado su padre se cortaban y cobraban lloviese ó no. ¿Era que no le creían á él hombre capaz de hacer respetar su casa?

—Bueno, sí, *too* lo que quieras; pero te *alvierto* qué lo dicho dicho. Yo, *pa* casar á la niña como Dios manda, *necesito* dinero... A más, estoy un poquillo *entrampao* y no quiero *entramparme* más. De modo que, si tú la quieres como dices, pídele á Dios que la cosecha sea buena, porque si no, con *too* y mi palabra, tendrás que aguardar un añico más.

Era fama en el pueblo que cuando el tío Roque se empeñaba en una cosa no había fuerza que le sacase de lo suyo; y como Juan Pedro conocía aquel carácter firme y un tanto arisco, guardóse bien de volver á la carga.

Despidióse de él y hacia las afueras del pueblo encaminó sus pasos, deseoso de entregarse á sus pensamientos sin otros testigos que los árboles y los pájaros, ya que no podía ver á Consolación hasta muy entrada la noche, para darle cuenta de la decisión de su padre.

Llevaban mucho tiempo de relaciones; desde que él empezó á estudiar el bachillerato, cuando todavía eran unos chicuelos.

Consolación pasábase todo el curso anhelando que los días transcurriesen á la carrera, y de estar en su mano la marcha del tiempo, poco hubiese tardado en envejecer.

Las primeras palabras de él, cuando llegaba al pueblo á descansar de las dulces tareas escolares, eran para preguntar por Consolación.

Casi siempre le contestaban lo mismo.

Consolación era una muchacha alegrilla, pero no loca; llevaba allá adonde iba el regocijo de su juventud lozana y pujante, y estaba tan hermosa que ¡Jesús, daba gozo mirarla!

—¿Y no tiene novio?, preguntaba Juan Pedro en el colmo de la ansiedad.

—Novio! ¡Ca! Rondadores no faltaban, pero ella á nadie hacía caso.

El pecho del estudiante se ensanchaba satisfecho, sentía un nudo extraño en la garganta y apuntaban en sus ojos las lágrimas de puro enternecido. En seguida corría á casa del tío Roque, que le recibía siempre cariñosamente:

—¡Hola, muchacho! ¿Ya estás de *güelta*? ¡Caramba! Te vas haciendo un real mozo. Y qué, ¿has *ganao* el año?

—Sí, señor, y con buenas notas.

Consolación, algo turbada, pero sin poder ocultar la satisfacción que sentía al verle tan gallardo, le preguntaba:

—Y qué, ¿te gusta mucho Madrid?
—Sí, es muy hermoso; pero aquí está uno mejor, más tranquilo y más contento.

Y hablaba así mientras la contemplaba amorosamente, diciéndole con los ojos que allá donde ella faltase faltaría todo lo bueno.

El padre de Juan Pedro murió, dejándole un buen capital en valores del Estado y acciones del Banco, y dos años después, el chico, que había cumplido los veinticuatro, se decidió á hablarle al tío Roque y lo hizo con tanto juicio y con tan ferviente entusiasmo, que el buen hombre, sabedor de las bondades de Juan Pedro, no tuvo mejor contestación que la de abrirle los brazos y decirle conmovido.

—¡Gracias, hijo mío!, ya había yo *soñao* en uno como tú *pa* mi hija.

Mas no todo fué tan lisa y llanamente como Juan Pedro y Consolación hubieran querido; el tío Roque andaba apuradillo de dinero, y como quería casar á la niña «como Dios manda», esto es, tirando la casa por la ventana, no había otro remedio que esperar á la cosecha, y si no era buena aguardar el día venturoso «un añico más.»

No sé que se hayan hecho en el mundo rogativas más fervientes que las que hacían Juan Pedro y Consolación, juntos y por separado, para que la cosecha fuese buena.

Durante el mes de octubre llovió copiosamente, y Juan Pedro andaba intranquilo y dormía desasosegado. Perseguido constantemente por una idea fija, cuando veía á la reina y señora de sus pensamientos, lo primero que su boca acertaba á expresar era esta pregunta, hecha con ingenuidad encantadora:

—Oye, Consolación, ¿no será malo que llueva tanto?

—No te apures, hombre, contestaba Consolación sonriendo satisfecha, mi padre está contento porque llueve.

Juan Pedro respiraba con fuerza, como el que acaba de verse libre de algo que le agobia con pesadumbre infinita.

Los fervientes deseos de los enamorados no se cumplieron; los fríos, las escarchas copiosas y una granizada inoportuna amenazaron seriamente la felicidad prometida.

El tío Roque, perdidas las esperanzas de la buena cosecha, habíase tornado taciturno. Consolación y Juan Pedro, que veían alejarse la hora sagrada de la dicha suprema, estaban descorazonados, temerosos de que el tío Roque llevase á cabo la amenaza de hacerles esperar un año más.

Una noche, cuando Juan Pedro acudió á la reja, Consolación le dijo:

—Es menester que hables con mi padre; hoy me ha dicho que, tal y como se presentan las cosas, no podemos casarnos.

—¿Por qué?, preguntó el mozo aunque sabía la causa.

—Ya ves: la cosecha va á ser muy mala.

Juan Pedro bajó la cabeza; no ignoraba que una decisión del tío Roque era irrevocable, pero no podía avenirse con retrasar su ventura.

—Oye, Consolación, ¿y si la cosecha fuese buena?

—¡Oh! En ese caso no hay nada que hablar; mi padre te quiere y está decidido.

Después de un silencio largo, muy largo, que á Consolación le pareció interminable, Juan Pedro levantó gallardamente la cabeza, y con la firmeza del que todo lo puede dijo:

—Nos casaremos; la cosecha será buena.

Y Juan Pedro no se engañó. Aquel año los olivares del tío Roque dieron una cosecha tan espléndida como inesperada. El padre de Consolación no salió de su asombro. Y lo mejor del caso estaba en que, siendo la cosecha mediana para todos, el aceite se vendería caro y el tío Roque ganaría más que con una cosecha inmejorable.

Un día los enamorados le oyeron decir alegremente:

—Ya podéis fijar día, y quiera Dios haceros felices.

Ambos corrieron á abrazar al tío Roque, que balbuceaba conmovido:

—¡Qué diablo! La palabra es palabra... *Paece* que Dios lo quería así; la cosecha fué buena, y ahora *too* irá como Dios manda.

Pretender pintar el regocijo de aquel día es imposible; cuanto la boca pudiera hablar y la pluma escribir resultaría insípido junto á la realidad. Al acto de la boda realizado con solemne sencillez patriarcal asistió todo el pueblo, alegre y feliz, porque la felicidad de los novios y del tío Roque era como el sol que á todos los acariciaba.

Mientras los jóvenes reían y bailaban, esperando la hora de la gran comida, un ricacho del pueblo, viejo amigo del tío Roque, le decía:

—¡Había que verlo, Roque, había que verlo! Ese Juan Pedro vale un mundo. Me compró *toa* la cosecha de *acituna* y me hizo acarrearla al molino que está cerca de tus fincas... Y durante la *recolición* se ha pasado *toas* las noches hasta que Dios amanecía, trabajando como un negro, acarreando esportones que los esparcía con cuidado debajo de tus olivos.

El tío Roque se levantó llorando de emoción; buscó á Juan Pedro y á él se fué tambaleándose, y estrechándole contra su corazón le dijo:

—*Too* lo sé, hijo mío..., *too* lo sé... Eres un hombre... Eso es querer...

Y no pudiendo decir más, le dió muchos besos en la frente.

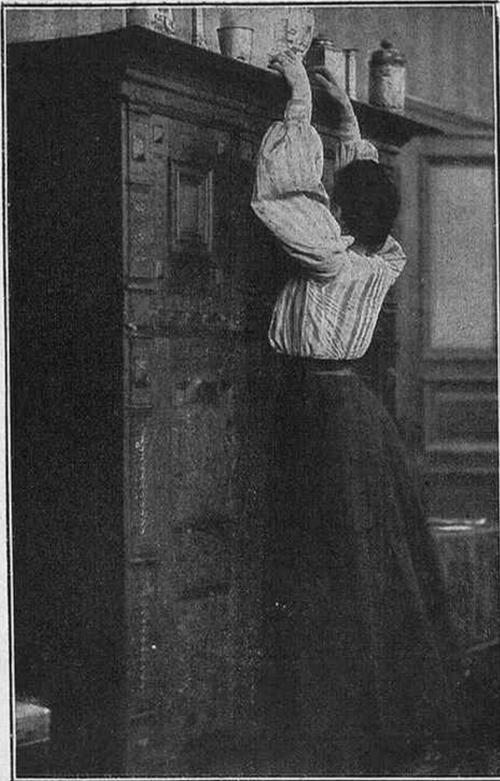
(Dibujo de Buil.)

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

CONSEJOS HIGIÉNICOS

COSAS QUE NO DEBEN HACER LAS MUJERES

La medicina moderna parte del principio: «Prevenir es mejor que curar,» consejo que debiera también servirnos de norma en nuestra vida ordinaria.



Nada más perjudicial para las mujeres que estirar desmedidamente el cuerpo para alcanzar objetos colocados en sitios altos, como en lo alto de un armario, etc.

Las mujeres, en especial, padecen á menudo enfermedades que deben á su propia imprevisión y que en la mayoría de los casos habrían podido evitarse con un poco de cuidado y de método; pero precisamente son las mujeres las que menos importancia dan á las advertencias útiles y las que hacen cosas que no debieran hacer y cuyos inconvenientes no comprenden hasta que es ya demasiado tarde, es decir, hasta que aparecen las consecuencias más ó menos funestas de las imprevisiones cometidas.



Haciendo lo que esta señorita, se cometen dos faltas: primera tener las piernas puestas una sobre otra y tratar de coger en esta postura el ovillo que se le ha caído al suelo.

Muchas veces es la comodidad la causa de estos atentados contra la salud. Quieren, por ejemplo, colocar un objeto encima de un armario ó bajarlo de allí, á pesar de estar aquél situado á demasiada altura y de no ser posible realizar aquellos actos sin un esfuerzo corporal; y en vez de ayudarse con una silla, ó con una banqueta ó una escalera, se empujan sobre las puntas de los pies, estiran el cuerpo, vuelven á la postura normal y vuelven á empujarse y á estirarse más y más, y con los brazos y las manos hacen mil combinaciones hasta dejar en el sitio deseado ó haber retirado de él el objeto en cuestión,

sin pensar en la facilidad con que estos movimientos violentos pueden determinar distensiones, distorsiones y desgarras de los ligamentos, sobre todo de los abdominales.

Otras veces apartan á un lado un armario ó una caja pesada, ó llevan de una habitación á otra un baúl lleno, ó levantan el somier de la cama ó hacen algún otro esfuerzo por el estilo. Nada les costaría hacerse ayudar por una criada; pero tienen pereza de llamarla, piensan que ya podrán ellas solas y se fatigan con grave daño para su cuerpo. De diez veces, nueve esta valentía no produce de momento



Al escribir no debe apoyarse el brazo en la falda, sino siempre sobre la mesa.

ningún mal; pero casos hay en que se paga con una rotura, y si el abdomen peca de débil, con algo peor, la comodidad de un instante.

Es altamente perjudicial asimismo para las mujeres estar sentadas con una pierna encima de otra y permanecer horas y horas, como hacen algunas, en esta postura cosiendo ó leyendo; y si se inclinan, sin mover las piernas, para coger algún objeto que se les ha caído al suelo, cometen una nueva falta, peor aún que la primera: en este caso, los dolores que experimentan en el costado y en los riñones al enderezarse les dicen claramente: «No debieras haber hecho esto.»

Lo mismo les dice el estómago cuando, á veces inmediatamente después de la comida, se sientan en una butaca y con el cuerpo doblado y los codos apoyados sobre las rodillas se ponen á leer. En esta posición y en esta agradable faena una hora pasa volando, y enfrascada en su periódico ó en su libro, no advierte la lectora los avisos del estómago; sólo cuando deja la lectura para dedicarse nuevamente á sus labores observa que aquella postura inclinada hacia delante y la consiguiente presión no han sentado bien al estómago, el cual se venga, produciendo malestar ó dolor, de los malos tratos recibidos.

Pero no sólo al estómago han perjudicado sentándose de aquel modo; también han sufrido el corazón, el hígado, los pulmones y otros órganos importantes.

No muestran mayor cuidado las mujeres cuando escriben: pocas son las que para hacerlo adoptan una postura realmente correcta; las más, ó se inclinan demasiado, escribiendo con la nariz, como vulgarmente se dice, con lo cual se fatigan sin necesidad la vista; ó tienen el brazo en la falda, en vez de tenerlo sobre la mesa, de manera que un hombro está más bajo que otro y el lado izquierdo resulta violentado; ó se ponen el papel tan cerca del borde de la mesa, que los codos no tienen punto de apoyo; ó lo colocan, por el contrario, tan lejos, que tienen que apoyar fuertemente el pecho contra el mueble.

No queda con esto agotada, ni con mucho, la lista de las «cosas que no deben hacer las mujeres;» mil y mil atentados cometen éstas diariamente contra la higiene sin darse cuenta de ello: así, por ejemplo, leen y trabajan á media luz; cosen alumbradas por débiles lámparas ó se ponen tan cerca de la llama del gas, que al poco rato les arden la frente y los ojos; llevan por espacio de algunas horas recogida una falda pesada con la misma mano, con lo cual el

hombro correspondiente permanece caído, en vez de llevarla sujeta con un tirante ó de cambiar de mano; andan semanas enteras con los tacones gastados, exponiéndose al peligro de torcerse un pie y aun de romperselo; mientras guisan, se lavan de prisa y corriendo las manos en el chorro frío del grifo, en vez de hacerlo en la palangana y con agua templada, y luego se quejan de que aquéllas se les corten y de que el reuma se apodere de ellas.

En fin, son tantas las cosas que las mujeres hacen y no debieran hacer, que sólo enumerarlas sería labor difícil y pesada. Las que dejamos explicadas bastan y sobran para demostrar que son muchos los actos al parecer insignificantes y que, sin embargo, pueden producir funestas consecuencias, sobre todo á fuerza de repetirlos.—A. DE K.



Una postura cómoda, pero en extremo perjudicial para el estómago.

EL SULTÁN DE MARRUECOS FOTÓGRAFO

Conocidas son las aficiones que Abd-el-Azzis, sultán de Marruecos, siente por algunos de los más modernos inventos de la civilización europea, como el teléfono, el fonógrafo, los aparatos eléctricos, la bicicleta, el automóvil y sobre todo la fotografía.

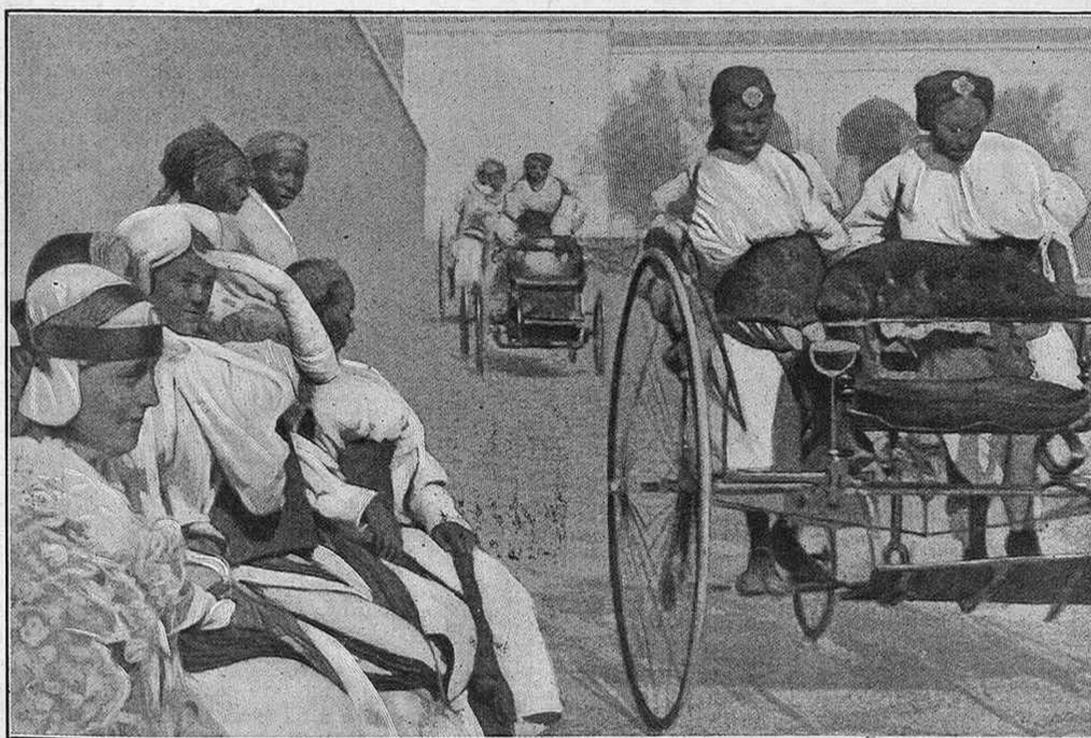
Gabriel Veyre, ingeniero del sultán, en un libro recientemente publicado y en el que consigna las impresiones recogidas durante los cuatro años en que ha vivido en la intimidad del soberano marroquí, dice hablando de esto: «De todos los pasatiempos á que sucesivamente se ha dedicado, la fotografía es el que durante más tiempo ha entretenido á Abd-el-Azzis y el que mayores satisfacciones le ha proporcionado.»

Al contrario de tantos otros fotógrafos aficionados que, al decir del fotógrafo americano Hare, se contentan con ser simplemente «oprime-botones,» Abd-el-Azzis quiso desde un principio que le iniciaran en todas las operaciones delicadas del laboratorio, desarrolló, reforzó clisés y tiró pruebas, y fué un apasionado del gelatino-bromuro, familiarizándose en seguida con toda clase de aparatos.

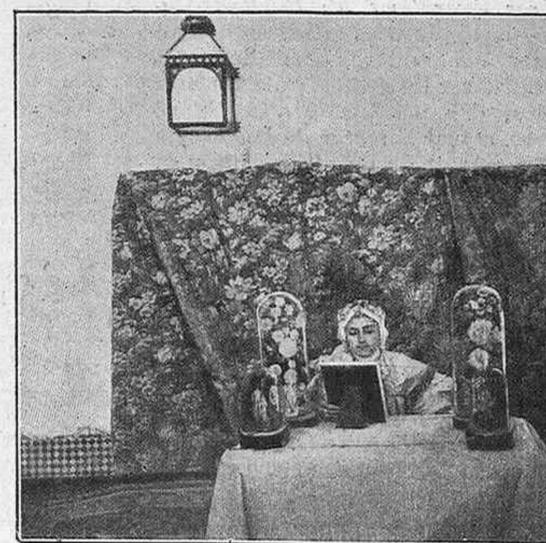
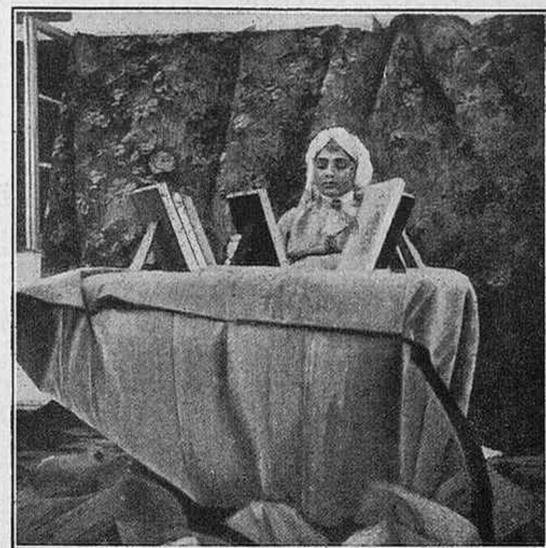
También ha ensayado el cinematógrafo, y tres de las fotografías que en la siguiente página reproducimos están tomadas de fragmentos de cintas por él impresionadas en su harén mientras sus mujeres y esclavos se entretienen corriendo en competencia en bicicletas, triciclos y motocicletas.

Pero aún ha hecho más: el día en que le mostraron fotografías coloradas, entró en ganas de hacerlas y aprendió el procedimiento complicadísimo de los tres colores; y cuando lo dominó, su gran placer fué fotografiar, en gran número de ejemplares, á sus esposas favoritas, vestidas con sus más pintorescos trajes, según puede verse en las otras cuatro fotografías reproducidas en la página siguiente.

¿Es necesario hacer notar que estos clisés, aparte de su mérito profesional, constituyen documentos de excepcional importancia sobre la vida en los palacios imperiales? En efecto, si es difícil entrever siquiera el interior de cualquiera vivienda musulmana, imagínese cuán inaccesible debe ser el harén del sultán y qué obstáculos pueden impedir á los infieles acercarse á las bellas reclusas allí celosamente guardadas.



LAS DISTRACCIONES DEL HARÉN DE ABD-EL-AZZIS
(Fragmentos de una película cinematográfica de Su Majestad cherifiana)



CUATRO RETRATOS DE MUJERES DEL HARÉN IMPERIAL
(Clisés á tres colores de Su Majestad cherifiana)

EL SULTÁN DE MARRUECOS FOTÓGRAFO

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Sílo.—El autor de esta escultura, Enrique Wadere, nacido en Colmar en 1865 y establecido desde hace muchos años en Munich, es reputado como uno de los artistas que mejor saben modelar las de-

artistas que con más talento cultivan el estudio de las escenas y de los tipos que la vida ordinaria con tanta profusión ofrece, y que no por ser muchos y en apariencia vulgares dejan de tener interés para quien sabe verlos al través de un temperamento artístico.

sobre el paño tendido en el suelo. ¿Qué les predirá? De fijo que lo que sepa que más puede halagarles, ya que es de suponer que en el Cairo, como en todas partes, los que á la profesión de adivino se dedican, si no leen en el porvenir, conocen á fondo las flaquezas de los necios que á ellos acuden.

Un adivino en el Cairo.
—La vida popular en el

El cortejo de la primavera.—Todo en este cuadro



OBRAS DECORATIVAS DE PICKFORD MARRIOT, EN LAS QUE SE COMBINAN LA PINTURA, EL CRISTAL, EL NÁCAR Y LAS PIEDRAS PRECIOSAS

licadas formas femeninas, no contentándose, empero, con atender solamente á la parte plástica, sino infundiendo además en sus obras ese soplo de vida y de movimiento que caracteriza al arte escultórico moderno. Así, su *Sílo*, que fué muy celebrada en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de la capital de Baviera, tiene toda la majestad de una estatua antigua; pero hay en ella algo de la mujer fuerte de nuestros días. Y esta compenetración de dos elementos tan importantes de toda manifestación artística, da por resultado esta hermosa figura en la que no se sabe qué admirar más, si la corrección y severidad de la forma, ó el dolor que se revela en la actitud y en el rostro de la infortunada poetisa de Lesbos.

Obras decorativas, de Pickford Marriot.—Las industrias artísticas buscan incesantemente nuevos procedimientos para satisfacer los gustos, cada vez más difíciles, del público. Mr. Rickford Marriot, actual director de la Escuela de Bellas Artes de Port Elizabeth, y su hermano Federico, han hecho algunos interesantes experimentos, combinando la pintura con el cristal, el nácar y las piedras preciosas. Varias de estas obras decorativas por ellos ejecutadas han llamado la atención en Londres; las reproducciones de dos de ellas, que adjuntas publicamos, permiten formarse perfecta idea de la belleza de las mismas, que en los originales ha de avalorarse con la variedad de los colores.

Vendedor ambulante.—Basta contemplar este delicioso grupo para comprender que el artista que le ha dibujado busca su mejor inspiración en la realidad, observándola con verdadera penetración y reproduciéndola con un vigor y una soltura dignos de los mayores elogios. Así es, en efecto: Borrough Johnson, el autor de este dibujo, tiene en Londres grande y merecida fama por las cualidades que dejamos apuntadas, reconociéndosele como uno de los

Cairo, como en todas las viejas ciudades de Oriente, es un arsenal de temas para los artistas; el notable pintor alemán Max Rabes, que la conoce perfectamente por haber residido largos años en la capital de Egipto, nos da en su cuadro la reproducción exacta de una de esas escenas pintorescas que allí

respira alegría y frescura; todo en él nos hace sentir los encantos de esa estación del año en que la naturaleza renace, cubriendo de flores los árboles, perfumando el aire con los aromas de las flores y pintando el cielo de un azul purísimo. Y si esto sentimos contemplando la obra de Leeke, no es necesario que nos detengamos en señalar sus innumerables bellezas de ejecución: cuando un artista despierta en nuestro ánimo tan dulces sensaciones, ha logrado el fin primordial del arte y es innecesario que la crítica explique el valor técnico de su obra.



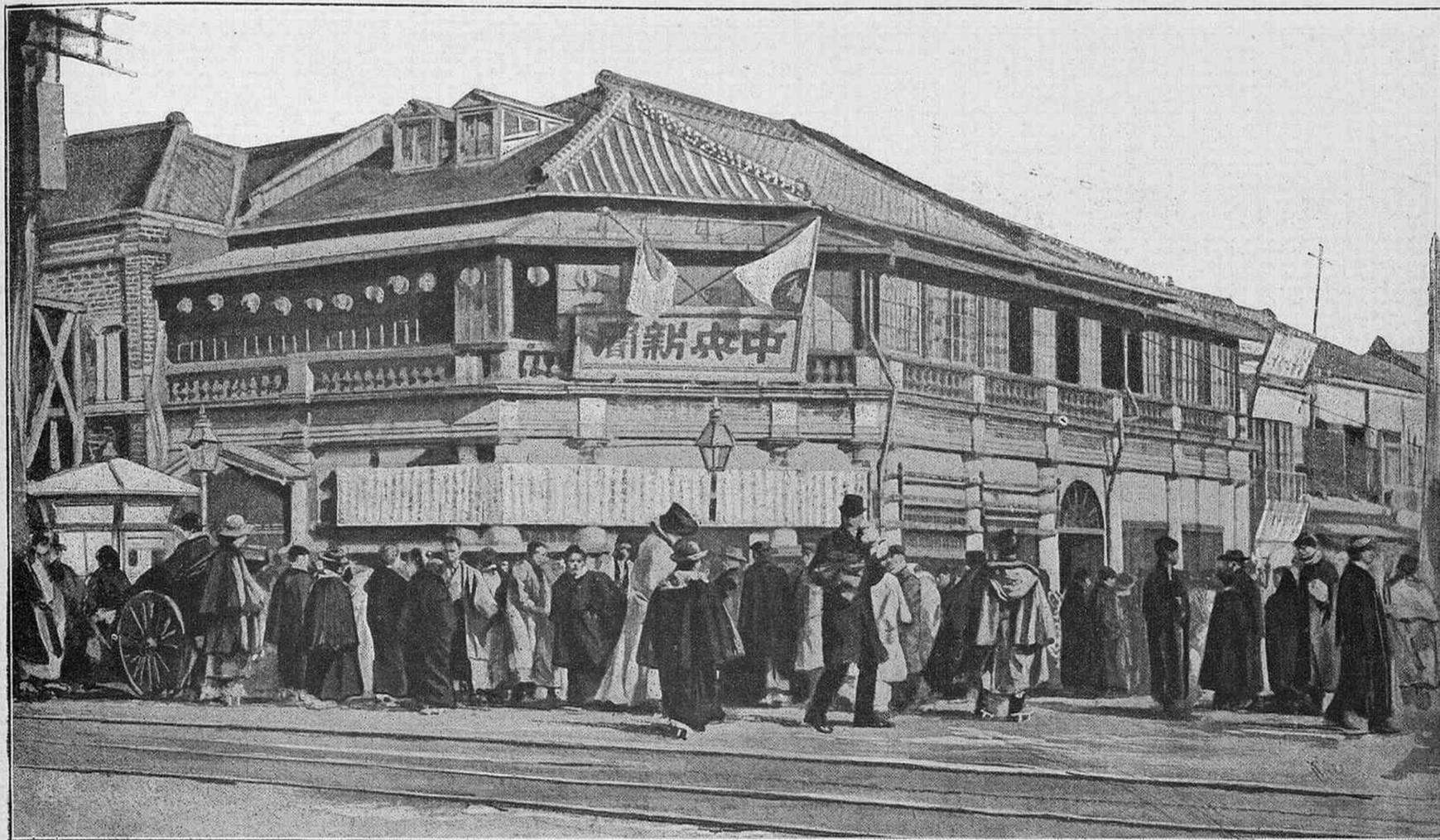
VENDEDOR AMBULANTE, dibujo de Borrough Johnson

se desarrollan. Ante los asombrados ojos del viejo *fellah* y de la joven que le acompaña, traza el viejo adivino sus signos cabalísticos en la arena esparcida

mirablemente reproducida la escena que dejamos relatada. Las figuras tienen su expresión propia cada una y parece que se mueven.

Biener, canceller del Tirol en la dieta de Innsbruck.—Esta tabla, tallada en madera por el notable escultor inglés Juan Pitschmann, es una copia exacta de un celebrado cuadro de Carlos Anrather que se conserva en el Museo de Innsbruck, y que representa un episodio interesante de la historia del Tirol. Estando reunida la dieta de Innsbruck, el obispo de Brixen, Perkhofer, declaró solemnemente que los Estados de los principados de Trento y de Brixen no compartirían con los demás del Tirol las tareas de la asamblea; pero las alabardas y los mosquetes de los soldados que á prevención había llevado el noble y liberal canceller alemán Guillermo Biener, para defender los derechos de la duquesa Claudia (1632-1648), hicieron entrar en razón al prelado y evitaron á la ilustre dama la humillación que el partido clerical quería imponerle. Esta facción no perdonó nunca á Biener aquel agravio, y más tarde, cuando sucedió á Claudia en la regencia su hijo, el débil Fernando Carlos (1648-1661), aprovechando la influencia que sobre éste adquirió, hizo instruir un proceso que terminó con la sentencia de muerte y ejecución del canceller.

En la obra de Pitschmann está admirablemente reproducida la escena que dejamos relatada. Las figuras tienen su expresión propia cada una y parece que se mueven.



LA PAZ RUSO-JAPONESA. - TOKÍO. - LA MUCHEDUMBRE DELANTE DE LA REDACCIÓN DEL DIARIO «TCHU-WO-SHIMBUN (DIARIO DEL CENTRO.)» (De fotografía.)

RESUMEN DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Firmada en Portsmouth la paz que dentro de pocos días ratificarán los soberanos de Rusia y del Japón, parecénos oportuno terminar la serie de crónicas que semanalmente hemos venido publicando con un resumen de las principales fases de la guerra que durante diez y ocho meses han sostenido ambas potencias en el Extremo Oriente.

Rotas las hostilidades por la escuadra de Togo, con el ataque contra los buques rusos de Puerto Arthur, en la noche del 8 al 9 de febrero de 1904, las primeras operaciones fueron marítimas, perdiendo en ellas los rusos el *Varyag*, el *Koreietz*, el *Yenisei* y el buque almirante *Petropavuslok*, bombardeando los japoneses Puerto Arthur y Vladivostok y tratando en varias ocasiones de cerrar la entrada del primero de estos puertos.

El 6 de abril, los japoneses, que habían desembarcado el 9 de febrero en Corea, ocuparon Wíjü, obligando á los rusos á retirarse detrás del Yalú, y el día 1.º de mayo el ejército de Kuroki pasa este río. El general ruso Zassulicht, que mandaba la vanguardia de Kuropatkine por la parte de Corea, es derrotado en Ta-lien-tse.

Parecía entonces que los japoneses desembarcarían nuevas fuerzas al Oeste del Yalú, lanzándose rápidamente contra el grueso del ejército ruso, que no contaba más que 60.000 hombres; pero hipnotizados por el ansia de poseer Puerto Arthur y creyendo que el sitio de esta plaza sólo duraría unas semanas, dejaron en la Mandchuria únicamente ocho divisiones, que penetraron en el Liao-Tung. El 27 de mayo, el general Okú, después de un sangriento combate, se apoderó del istmo de Kin-Tchen, comenzando entonces el sitio de Puerto Arthur.

Para auxiliar á los defensores de la plaza sitiada, Kuropatkine destacó hacia el Sur el cuerpo de Stackelberg, que aunque derrotado el 15 de junio en Vangú, pudo reunirse con el grueso del ejército ruso.

En el ínterin, el sitio de Puerto Arthur no avanzaba tanto como habían esperado los japoneses, exigiendo de parte de éstos el empleo de considerables fuerzas que mejor hubieran podido utilizar en la Mandchuria. Esto hizo que el avance de sus ejércitos en ésta fuese sumamente lento; Kaiping (9 de julio), Ta-Chi-Kiao (25 de julio) y Hai-Cheng (3 de agosto) marcan las etapas de esta marcha, durante la cual los rusos ejecutaron una retirada admirable.

En 8 de agosto, los japoneses ocuparon las últimas posiciones exteriores de Puerto Arthur; el 10 derrotaron á la escuadra rusa que había intentado

salir del puerto, echándole á pique algunos barcos, capturándole otros y obligando á los restantes á refugiarse de nuevo en aquél; el 14, la escuadra de Kamimura derrotó á la rusa de Vladivostok, destruyendo el crucero *Rurik*, y el 19 asaltaron los japoneses Puerto Arthur, siendo rechazados con pérdida de más de 10.000 hombres.

La lentitud con que adelantaban los japoneses en la Mandchuria había permitido á Kuropatkine reunir un ejército de 200.000 hombres con 500 cañones y ocupar posiciones ventajosísimas, á pesar de lo cual el generalísimo ruso hubo de evacuar el día 3 de septiembre Liao-Yang, en donde al día siguiente entraba el general Kuroki.

Hubo entonces un periodo de calma en la Mandchuria que coincidió con una mayor actividad en las operaciones del sitio de Puerto Arthur, en donde los japoneses se apoderaron del fuerte Kuropatkine y de la columna Namankayama; en cambio fueron rechazados con pérdidas enormes al intentar apoderarse de la colina de los 203 metros.

Cuando menos se esperaba, supose que Kuropatkine, obedeciendo órdenes de Rusia, iba á tomar la ofensiva; en efecto, el 5 de octubre las vanguardias de sus columnas atacaron las avanzadas japonesas, rechazándolas hacia el Sur; pero el ala izquierda, al mando de Stackelberg, no realizó con la rapidez necesaria el movimiento envolvente que se le había ordenado. Rechazada al mismo tiempo el ala derecha rusa, Kuropatkine se encontró en una situación sumamente comprometida, logrando sólo á fuerza de energía y de serenidad salvar su ejército. Afortunadamente para él, el enemigo estaba extenuado por diez días de lucha no interrumpida y encarnizada, así es que después de la toma de la colina Putilof (17 de octubre), el combate fué menguando hasta cesar por completo.

Ninguno de los dos adversarios, sin embargo, quiso darse por vencido y permanecieron en el campo de batalla en contacto inmediato. En esta situación, sin precedente en la historia militar, pasaron el invierno rusos y japoneses, construyendo unos y otros formidables fortificaciones armadas con piezas de grueso calibre.

Como poco antes, mientras permanecían inactivos los ejércitos de la Mandchuria, en Puerto Arthur los japoneses tomaban la contraescarpa del fuerte de Ehrlungchán (26 de octubre) y la colina de los 203 metros (30 de octubre), bombardeaban desde esta última posición la flota rusa anclada en la rada, echando á pique todos los buques, menos el *Sebastopol* (3 de diciembre), que doce días después era también destruído; y se apoderaban de los fuertes de Tungkenanchán (18 de diciembre), Ehrlungchán

(28 de diciembre) y Sungshuchán. El día 1.º de enero de 1905 capitulaba Puerto Arthur, después de una resistencia heroica durante cerca de ocho meses.

El 24 de enero, los rusos salieron de sus líneas del Chao y atacaron el ala izquierda japonesa, empuñándose la batalla de Kei-Ku-Tai, que terminó el 29, sin resultados decisivos. El 25 de febrero, los japoneses tomaron á su vez la ofensiva, y después de una serie no interrumpida de acciones sangrientas, obligaron á los rusos á emprender la retirada, evacuando Mukden, en donde entraron aquéllos el 10 de marzo. Esta fué la última operación de la campaña: desde entonces hasta la firma de la paz, vencedores y vencidos se inmovilizaron en las posiciones que después de la batalla de Mukden habían ocupado.

Los rusos, derrotados por tierra, perdido Puerto Arthur y destruídas las fuerzas navales que desde el principio de la guerra tenían en el mar del Japón, pusieron su confianza en la escuadra de Rodjestvensky, que había salido de Libau el día 15 de febrero; pero la desastrosa derrota de Tsushima (27 y 28 de mayo) disipó aquella esperanza suprema.

Once días después (8 de junio), el presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Roosevelt invitaba al Japón y á Rusia á negociar la paz, y aceptada su invitación por ambas potencias, reuniéronse sus plenipotenciarios en Portsmouth, celebrando su primera conferencia el 9 de agosto y firmando la paz el 29.

En el entre tanto, los japoneses habían desembarcado en la isla Sakhalin (7 de julio), ocupando Horskofsk (8 de julio) y Luikof (27 de julio), y obligando á capitular á la mayor parte de las fuerzas rusas que guarnecían la isla (31 de julio).

Es sumamente difícil apreciar con alguna exactitud las pérdidas en hombres y en material por ambos ejércitos durante la guerra; sin embargo, aproximadamente pueden calcularse las de los rusos en unos 250.000 muertos y heridos, 71.000 prisioneros y 197 cañones; y las de los japoneses en 230.000, 300 y 15 respectivamente.

Los rusos han perdido, además, entre apresados y echados á pique 13 acorazados, cinco cruceros acorazados, seis cruceros protegidos y tres guardacostas con un total de 581 cañones y de un valor de 550 millones de francos; á lo que hay que añadir varios transportes, contratorpederos, torpederos y cañoneros, que hacen subir á unos 700 millones el valor de la flota destruída.

Los japoneses sólo han perdido dos acorazados y dos cruceros, con 91 cañones y un valor de 85 millones, que con algunos transportes, cañoneros y torpederos sube probablemente á 100 millones.—R.



UN ADIVINO EN EL CAIRO, cuadro de Max Rabes



EL CORTEJO DE LA PRIMAVERA, cuadro de Fernando Lecke.

LA SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA

Oportunamente hemos dado cuenta de la resolución por virtud de la cual el Parlamento noruego decidió la separación de su país de la Suecia, con la que formaba desde 1814 un solo reino, resolución que fué ratificada por grandioso plebiscito, realizado

kilómetros, en la cual no habrá fortalezas ni se efectuarán aprovisionamientos para el ejército y la marina; en su consecuencia habrán de ser desmanteladas en el término de ocho meses las fortalezas noruegas de Gyldenloeve, Overbjørger, Veden y Hjemskolber, Orje con Kroksund, Urskog y Dingsrud, pero se conservarán, aunque sin el carácter de fortalezas,

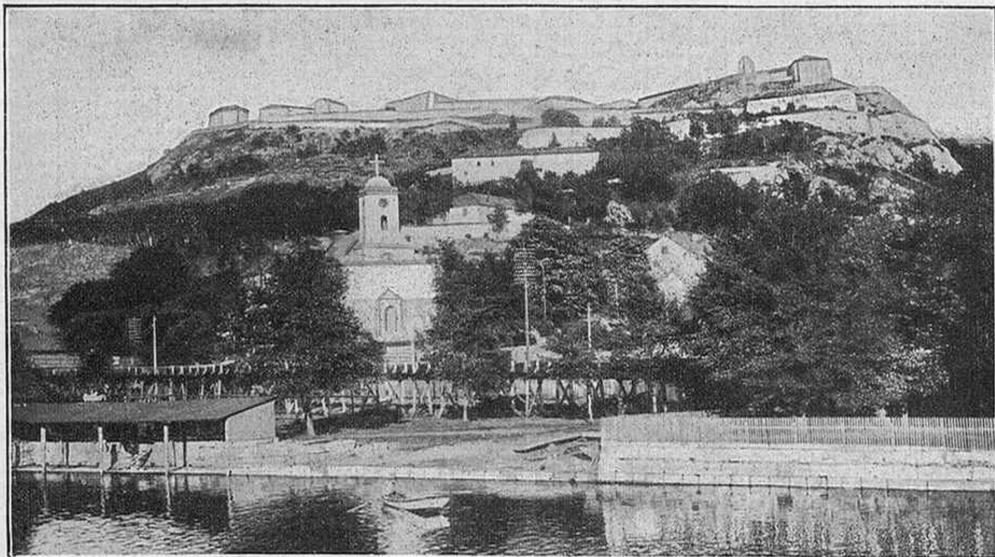
las antiguas obras de defensa de Frederiksten, Gyldenloeve y Overbjørger. No podrán construirse nuevas fortalezas en un radio de diez kilómetros de Kongsvinger. Proclama definitiva

bajo la protección de Francia y le concedió los terrenos necesarios para la segunda de las estaciones citadas.

En 1882 volvió a París, en donde fué recibido con entusiasmo, y al año siguiente fué nombrado comisario general con encargo de organizar la explotación y el gobierno de los inmensos territorios conquistados. Durante catorce años, Francia no olvidó sus insignes servicios; pero en 1897, en un conflicto entre él y la burocracia, fué vencido por ésta y el gobierno francés le destituyó de su cargo en una forma que no merecía ciertamente quien tantos sacrificios había hecho por su patria.

Regresó a Francia, sin formular una queja y sin permitir que sus amigos siquiera protestaran contra tamaña injusticia, y allí vivió obscura y modestamente, hasta que las Cámaras votaron por unanimidad en su favor una pensión a título de recompensa nacional.

En marzo último, el ministro de las Colonias, al tener noticia de las crueldades cometidas por dos funcionarios de la colonia del Congo, pidió a Brazza que fuese allí a practicar una información; la creden-



SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA. — La fortaleza noruega de Frederiksten, situada en el Sudeste de Noruega, una de las que, según el acuerdo firmado, quedarán en pie aunque desmantelada y sin conservar el carácter de fortaleza. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

en cumplimiento de la petición formulada por el rey Oscar II.

Para resolver las múltiples cuestiones que de esta separación se derivan, se han celebrado en Carlstadt varias conferencias entre los delegados de ambos países.

Por un momento pudo creerse que no se llegaría a un acuerdo pacífico, y aun se dijo que los noruegos, en previsión de ello, movilizaban sus tropas y enviaban numerosas fuerzas a la frontera. La cuestión batallona era la demolición de varias fortalezas noruegas, que los suecos imponían como condición *sine qua non*.

Pero al fin el acuerdo pacífico ha sido concertado

mente la separación, plantéase para Noruega el problema de cuál forma de gobierno adoptará, y en caso de adoptar la monárquica, a quién ofrecerá la corona.

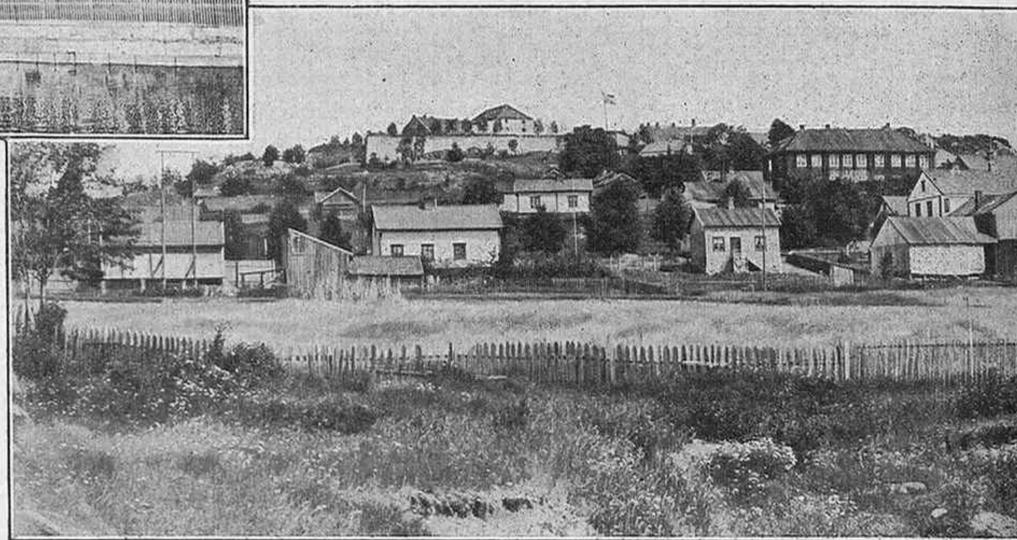
El candidato que, por ahora, tiene más probabilidades es el príncipe Cristián de Dinamarca, a quien apoya resueltamente Eduardo VII de Inglaterra. Su competidor posible parece ser el príncipe Arturo de Connaught, persona grata al emperador Guillermo II de Alemania, y por esta sola circunstancia impopular en Inglaterra. También suena el nombre del príncipe Jorge de Grecia, que trocaría de buena gana la alta comisaría de Creta por el trono noruego.

No sería extraño, sin embargo, que se proclamara en Noruega la República, pues si bien la mayoría de los noruegos son monárquicos, el régimen republicano gana de día en día partidarios entre ellos.

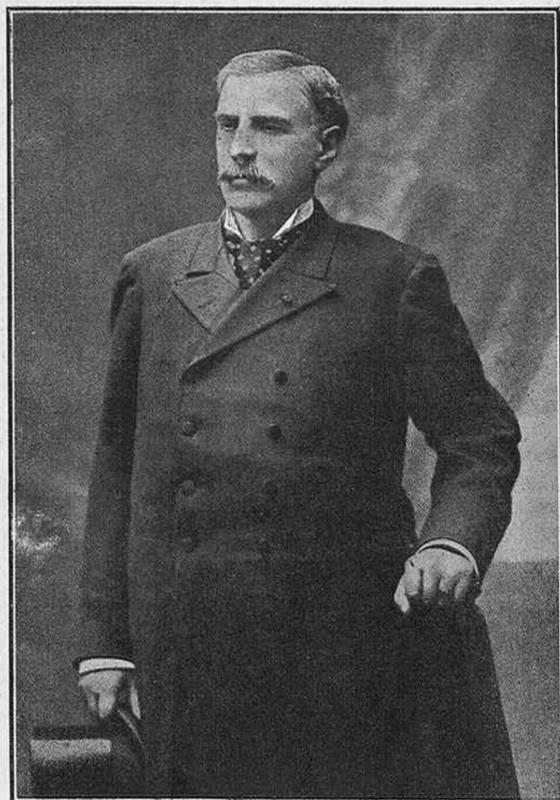
PABLO SAVORGNAN DI BRAZZA

Este célebre explorador, que ha fallecido el 14 del mes anterior en Dakar, había nacido en 1852 a bordo de la fragata italiana *Venere*, anclada en la rada de Río Janeiro. A los diez y seis años entró en la escuela naval de Brest y en 1874 se naturalizó francés para entrar en la marina de guerra de Francia. Apoyado por el gobierno de la República dedicóse a las exploraciones africanas, en la primera de las cuales, emprendida a fines de 1875, llegó al alto Ogové, remontó este río hasta 688 kilómetros del mar y subió hasta las fuentes del Alima, de donde hubo de alejarse a causa de la hostilidad de los indígenas. Un mes después, sufriendo penalidades sin cuento, llegó al Licon; pero encontrándose allí falto de todo recurso, hubo de volverse a Gabón.

De regreso en Europa en 1878, y enterado de los resultados del viaje de Stanley al través del Africa ecuatorial y a lo largo del Congo, comprendió Brazza que la vía directa del Ogové y del Alima constituía una importante paralela de la vía del Congo, y en 27 de diciembre de 1879 partió nuevamente a fin de completar su obra y se dedicó valerosamente a abrir aquel nuevo camino, llegando hasta cerca de las más altas cataratas del Congo, fundando en el alto Ogové las dos importantes estaciones de Francville, punto de apoyo para abrir aquella vía, y Brazzaville, en el Congo mismo, y estipulando un tratado con el rey Makoko, que puso sus Estados



SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA. — La fortaleza noruega de Kongsvinger, que quedará en pie, pero sin que puedan aumentarse sus fortificaciones en un radio de 10 kilómetros. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



El célebre explorador francés PABLO SAVORGNAN DI BRAZZA, fallecido en Dakar en 14 de septiembre último

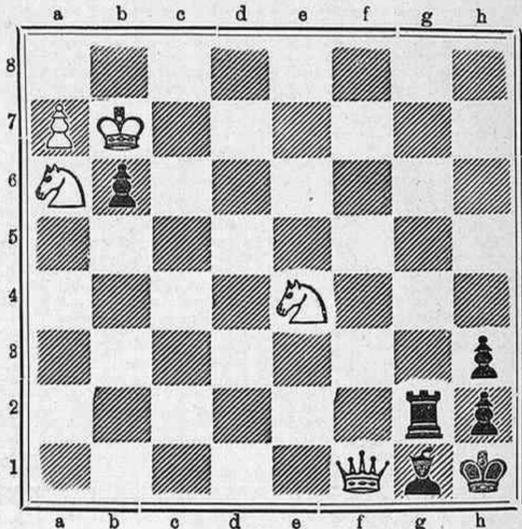
por los delegados de Carlstadt, faltando ahora solamente la ratificación del mismo por los Parlamentos de ambos países. Las principales condiciones de este acuerdo son las siguientes: Los dos Estados se comprometen a someter al Tribunal arbitral de La Haya los litigios no concernientes a la independencia, a la integridad ni a los intereses vitales de los dos países. El acuerdo durará diez años y se entenderá prorrogado por igual tiempo, si dos años antes de expirar este primer plazo no es denunciado. Se establecerá a cada lado de la frontera una zona neutral de 15

cial de su nombramiento estaba concebida en los términos más encomiásticos para él. Brazza partió, y terminada la misión que se le confiara, regresaba a Francia, cuando sucumbió en Dakar, víctima de una disentería contraída en sus exploraciones.—X.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 400, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 399, POR J. FRIDLIZIUS.

Blancas.

Negras.

1. Dd8—a8
2. C, D, A ó T mate.

1. Cualquiera.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, 31, Talens, Paris



- ¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Rosa, dijo Prévinquieres, te suplico que no te precipites; estás en un momento crítico. De ti depende que las dificultades más grandes se allanen, y ya sabes que tengo gran confianza en tu buen juicio. Tu madre y tu padrino te dirán como yo que en las presentes circunstancias hace falta mucha prudencia... Tu marido...

—¡Es un miserable!, exclamó Rosa con violencia. Ustedes no le conocen. Hace dos días que no puedo mirarle á la cara.

—Vamos, vamos, dijo Duburle bondadosamente. No exageremos. Folentin no es un miserable ni tampoco un ángel; es lo que puede ser en medio de los acontecimientos que acaban de ocurrir.

—El tiene la culpa de cuanto ha sucedido. Su rapacidad de hombre de negocios ha puesto á Valentín y á Condottier frente á frente. Él es quien ha... Esta misma mañana me ha dicho que vería con gusto á los dos adversarios muertos...

—¡Oh!

—Así, con esas mismas palabras. Por eso no quiero volver á su lado...

—¡Cómo! ¿Piensas separarte de él?, exclamó Prévinquieres emocionado. ¿Qué pensará de ti el mundo?

—Poco me importa. Hasta ahora me he preocupado demasiado del qué dirán. Si no lo hubiese sacrificado todo á esto, no me encontraría en esta situación.

—Confieso, dijo Prévinquieres, que tu casamiento no dió el resultado que se esperaba; pero de esto á que te separes de Folentin...

—Me es odioso.

—Si todas las mujeres á las que su marido es desagradable se fuesen de su casa, no veríamos más que hogares deshechos.

—Las otras harán lo que quieran, pero yo me guiaré siempre por mis sentimientos.

—Pero ¿y el mundo, hija mía?

—Pero ¿y mi tranquilidad, madre mía?

—Folentin no es mala persona; es muy tolerable.

—Es un ser nulo para el bien, y siempre dispuesto al mal; por vanidad sería capaz de pegar fuego á París. No quiero verle más; después de lo que hemos hablado, no puede haber nada común entre nosotros...

—Entonces ¿piensas en el divorcio?..

Reinó un momento de silencio. En aquel ambiente burgués y católico, la palabra sonó inarmónicamente.

Prévinquieres repitió:

—¡El divorcio... tú, hija mía! ¿Qué dirá nuestro párroco?

—El párroco dirá lo que quiera, pero yo recobraré mi libertad. El divorcio es una cosa horrible, madre mía, convengo en ello; pero cuando los caracteres de marido y mujer no concuerdan, y no hay hijos para retenerlos en el hogar, el divorcio es la salvación. Parece haberse instituido para mí. En mi caso sólo ofrece ventajas y ningún inconveniente.

—Tú sabes, hija mía, dijo Prévinquieres, que soy muy liberal y que no te habría hablado como tu madre de obligaciones sociales, de escrúpulos religiosos ni aun del efecto deplorable que tu resolución pueda producir en nuestras relaciones; pero miremos la cosa por el lado práctico. ¿Adónde piensas ir cuando abandones la casa de tu marido?

—Al único sitio en que puedo estar al abrigo de toda sospecha, á casa de mi padre.

—Mi casa está siempre dispuesta á recibirte, eso ni que decir tiene; pero reflexiona las consecuencias que puede acarrear semejante resolución.

—Todo está pensado. Si me quieres, no me atormentes más; soy muy desgraciada.

Su voz se hizo opaca y rompió á llorar. Ante ese

espectáculo, Duburle, fuera de sí, se puso en pie, y rojo de indignación, causando el asombro de la señora Prévinquieres, dijo:

—¡Cómo! ¿Van ustedes á vacilar cuando esa pobre criatura les pide auxilio? ¿No la quieren ustedes? ¡Que no sea yo quien pueda recibirla y consolarla! Querida niña, tu viejo padrino está á tu lado para todo; puedes contar con él.

—Vamos, exclamó Prévinquieres, hasta la gente formal, ó que debiera serlo, empieza á chochar. ¿Adónde vamos por ese camino? Duburle, hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! No hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro de sí mismo, pero ya verá ahora con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?, preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró tiernamente á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano; creo que fui el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!..

VII

—Querido suegro, dijo malhumorado Folentin, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permítame que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente a frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo; allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo con la mano un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa; es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza a mi situación...

—Te ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad a mi hija.

—¿Por quién me toma usted? ¿Cómo! ¿Conformarme con un trato? No; mi mujer no tiene ninguna queja contra mí, y yo las tengo muy serias contra ella... Consentiré en olvidarlas, pero a condición de que desde esta noche vuelva al domicilio conyugal.

—No volverá.

—Entonces considerará justo que tome mis medidas y que haga constar su desaparición.

—¿Cómo, Folentin! ¿El comisario de policía? ¿Tan pronto?

—El ridículo no me concederá un plazo para caer sobre mí, y usted conoce el proverbio francés que dice que el ridículo mata.

—Si muriesen todos los atacados, ¡qué baja en la población! Con todo, un acto de rigor no modificará la opinión...

—Por lo menos tendré el consuelo de no aparecer apaleado y contento.

—Mi hija ha observado una conducta irreprochable.

—Usted lo afirma, pero Condottier no tiene reparo en decir...

—Calumnias.

—Después de todo yo no sé nada.

—Y teniendo esa idea, ¿quieres que tu mujer vuelva aquí?

—Sería darme una prueba de que Condottier miente.

—Brillante prueba. ¿Te contentarías con ella?

—En la desgracia no se puede ser egoísta.

—¿Es tu última palabra?

—Ha sido la primera, será la última.

—Eres intratable.

—Me veo maltratado.

—Folentin, tú eres quien imagina las hostilidades.

—Cuando mi mujer se ha pasado al enemigo...

—¿Quién es el enemigo?

—Todo el que no piense como yo.

—Dime con toda formalidad si quieres ser franco. ¿Qué te propones?

—Que no se me deje a un lado como a un trasto viejo, y que no se me reemplace por otro trasto mucho más brillante y mucho más lujoso; no quiero, sépalo usted, que se me arrincone. Su hija es mi mujer, y quiera ó no quiera seguirá siéndolo. En todo caso, no será ni marquesa de Condottier...

—Si es eso lo que temas...

—Eso ú otra cosa. En fin, sé lo que digo, y ella lo que quiere es el divorcio para volver a casarse, sólo para casarse otra vez; y eso precisamente es lo que no quiero. No me importa que parezca que la dejo; lo que no admito es que parezca que ella me deja.

—Eso es para ti lo importante...

—Sí, lo importante; su hija no se reirá de mí con otro marido. Quiso jugar conmigo, y a expensas suyas aprenderá que no se juega con Folentin.

—¿Y que él es quien juega con los demás?

—Sí.

—¿En qué condiciones?

—¿Qué me ofrece usted?

—Dinero.

—¿A mí?

—Me veo precisado a ello, ya que no quieres ceder gratis; será un modo de triunfar como otro cualquiera. ¿Quieres guardar la dote y devolver la mujer? Folentin se puso en pie, soberbio y orgulloso.

—Semejante proposición..., tan ofensiva... ¿Me toma usted por Roberto Macaire?

—Querido, no sé por quién debo tomarte. Todo cuanto veo y oigo desde hace veinticuatro horas trastorna mis ideas. Yo soy todavía de la antigua escue-

la, de aquella que tenía principios y escrúpulos. Vosotros no sabéis nada de esto; no cargáis con esos pesados equipajes que se llaman buena fe, delicadeza y generosidad. Cuando perseguís un fin no os importan los caminos para llegar a él. No quiero devolverse a mi hija y te ofrezco dinero. ¿No te parece bien? ¿Hay una solución más ventajosa? Habla, Folentin, señala tus condiciones, pon precio. Ahora que tratamos del asunto, no hay por qué aplazarlo.

—Caballero, dijo Folentin furioso. Usted se arrepentirá de haberme tratado con tan poca consideración. Es usted mi suegro y le debo además el respeto de la edad. Tengo las manos atadas, felicítese por ello.

—Me felicito, Folentin, dijo Préviniqueres con sorna, por más que, dicho sea entre nosotros, no me pareces un tigre. Te alegras un poco de tener las manos atadas, como tan noblemente me decías hace poco. Pues bien: sigue así, mi buen amigo, hasta el momento que te canses y prefieras cambiar de postura. Siempre me encontrarás dispuesto a reanudar esta conversación.

—¡Nunca, caballero, nunca!

—Folentin, «nunca» es una palabra vacía de sentido, lo mismo que «siempre». Mi hija y tú habéis prometido vivir siempre juntos; ya ves lo que ha valido esa promesa. Tu «jamás» equivale a lo mismo.

—Lo veremos.

—Vamos, por última vez, y seamos juiciosos. ¿Quieres que lleguemos a un arreglo?

—No.

—¿Quieres obligar a mi hija a que vuelva?

—Sí.

—¿Aunque tengas que recurrir al comisario de policía?

—Si es necesario...

—Folentin, ese proyecto es poco elegante.

—No me importa.

—Dejas la puerta abierta a la violencia.

—Se me obliga a ello.

—Por última vez. ¿Te niegas a devolverme mi hija? ¿No pones ninguna condición ni ningún precio?

—No, no, no.

—Muy bien, así la tendré por nada.

Y sin añadir una palabra, Préviniqueres salió del gabinete dejando a Folentin estupefacto.

Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranquilo, Raynaud hablaba con Evans. El rudo americano se había convertido en enfermero y velaba por su amigo con verdadera solicitud; su rostro tranquilo, su modo de hablar lento y el poderío que de su persona emanaba, confortaban a Raynaud. Frente a aquel hombre sonriente se sentía tranquilo.

—No he podido evitar el duelo con el marqués de Condottier, me hará usted esa justicia, dijo Evans, por más que no he podido comprender la utilidad de ese duelo. Ahora lo comprendo menos que nunca. ¿Qué adelantó el marqués con herirle?

—Es evidente, Evans, que son costumbres muy distintas a las de ustedes; pero Condottier me odiaba.

—En ese caso, al batirse con usted ha debido matarle. Como le decía hace un momento, herir no resuelve nada. Quería desembarazarse de un rival, extraña idea, pues en ningún país se consigue el amor por la fuerza; pero, en fin, era una idea; en este caso, la lógica era disparar todos los tiros que hiciesen falta para matarle. Por eso nosotros inventamos el revólver de seis tiros. En Francia se cambia una bala, y aunque sea sin resultado todo termina; el honor queda satisfecho con ese vano y ridículo simulacro.

—Muy ridículo, pero es imposible substraerse a las costumbres y no sacrificarse a las preocupaciones.

Guardaron silencio, y al cabo de un rato Evans preguntó:

—¿Sufre usted?

—Muy poco; más que dolor siento embotamiento.

—¿Tiene usted sed?

—No. Creo que la calentura ha desaparecido.

—Dentro de ocho días podrá levantarse. ¿Qué piensa hacer entonces?

—Haré lo que usted me ha aconsejado; volveré a Chiquito y me pondré a trabajar.

—¿Se irá usted solo?

—Con usted.

—Sí, conmigo ya lo sé. Pero ¿se llevará a alguien más?

—¿A quién se refiere?

—A la baronesa de Rocher.

—Evans, tan bien como yo sabe usted que no es libre.

—Y usted, amigo mío, sabe perfectamente lo que suponen los lazos que la retienen. Únicamente la

voluntad los hace sólidos, y cuando ésta deja de existir se rompen.

—Es imposible que la persona de que usted habla se conduzca con tanta ligereza. Debe pensar en su reputación, en su familia y en su marido; todo esto la hará reflexionar.

—Escuche, Raynaud; usted recordará que yo tenía muy mala opinión de Rosa, y que he dicho que nada se podía esperar de una mujer que lo fundaba todo en la vanidad y en la coquetería.

—Es una criatura delicada y encantadora, Evans; es toda bondad y abnegación.

—Es muy posible, pero sería preciso hacer la prueba. Usted sabe que el oro debe pasar por la piedra de toque; yo sometería a Rosa a esa última prueba.

—¿Tan desconfiado es usted?

—Lo más posible. Amigo, piense usted que si se une a esa mujer, yo tengo que estar en constante trato con ella, pues soy su compañero de vida y de negocios. Si usted sufriese, yo sufriría también, y deseo tomar todas las precauciones para que estemos tranquilos en lo porvenir.

—¿Qué teme usted de ella?

—Su ambición. Tenemos motivos para sospechar de su cálculo. ¿Recuerda usted cómo se casó con Folentin? Se dejó alucinar por su posición y su fortuna, como una alondra por los espejuelos. ¿Empezará de nuevo?

—¿Después de cuanto me ha dicho?

—¡Ah, Raynaud, las mujeres, las mujeres! No se debe tener en cuenta nada de cuanto dicen; únicamente lo que hacen tiene valor. Pues bien: piense que actualmente es usted mucho mejor partido de lo que en su día lo fué Folentin; los millones de Chiquito brillan, centellean, hipnotizan. Raynaud, no hagamos tonterías.

—¿Qué intenta usted?

—Nada complicado, es clarísimo.

—¿Qué?

—No se lo diré, me haría traición.

—¡Yo!

—Sí, usted. Sería capaz de advertirle de que voy a tenderle un lazo.

—Le doy palabra de no meterme en nada y de dejarle obrar libremente a su antojo.

—Eso ya es algo.

Evans era un ser lo menos sentimental que pudiera imaginarse. Después de conseguir de Raynaud lo que quería, se puso a hablar de otra cosa: los negocios de Chiquito, el barco cisterna que tenía que encargar y algunas máquinas para triturar maíz ocuparon una parte del día. Sin embargo, Raynaud volvió al asunto que ocupaba su corazón, proponiendo a su amigo que protegiesen a Mauricio Préviniqueres.

—¿Para qué sirve ese botarate?, preguntó Evans.

—Temo que para muy poco, pero es hijo del hombre a quien debo cuanto soy. Esta es ocasión de pagar mi deuda.

—Perfectamente; pero será preciso enseñarle a ser útil y hacerle cobrar amor al trabajo; así le prestará usted un servicio material y otro moral.

—Usted piensa en todo, Evans.

—Amigo, no hay nada tan fácil como dar dinero a ese joven; lo importante es hacerle comprender lo que cuesta ganarlo. El día que se interese por algo será un hombre salvado.

La llegada de Rosa y Préviniqueres les interrumpió. Mientras el criado ponía en orden la habitación, Evans se dirigió al salón para recibir a los visitantes.

—Amigo mío, dijo Préviniqueres, mi hija no ha callado un momento hasta que he consentido en traerla. ¿Cómo está nuestro herido?

—Un poco mejor; duerme.

Rosa parecía abatida. Préviniqueres, compadecido de ella, dijo:

—Mira, tengo que hacer una diligencia en Neuilly; te dejo con el Sr. Evans, y volveré a buscarte. Probablemente Valentín despertará antes.

El rostro de la joven se serenó. Sentóse junto a la ventana que daba a los Campos Elíseos, fijándose en los carruajes que circulaban por la avenida; desde allí se veía su hotel, del que había salido con la intención de no volver. Pero no pensaba en eso, sino que volvía a ver aquel salón en que ahora estaba, a Raynaud de pie delante de ella, la tarde en que fué a verle, y confesándole que la amaba. ¡Con qué dulzura había oído sus palabras, y qué serenidad le inundaba el espíritu al saberse amada por aquel hombre leal y abnegado! La voz de Evans vino a turbar sus reflexiones. Fijó los ojos en aquel amigo fiel, y le dirigió una mirada llena de dulzura. Él sonrió, y en tono natural dijo:

—Sí, comprendo que cuando usted mira a alguien de ese modo se vuelve loco. Pero yo soy un viejo, y

por añadidura un salvaje, de modo que si usted quiere podemos hablar formalmente.

—Yo quiero cuanto usted quiera, dijo Rosa.

—Pues bien, voy á decirle dos palabras con respecto á la situación de Raynaud. El pobre sufre mucho, y en el estado que se encuentra considero muy difícil tener una explicación con él; pero le pasan cosas que no puedo ni debo ocultar á usted.

—¿Por qué á mí?, preguntó la joven.

—Porque tal vez sean de tal índole que hagan modificar sus proyectos. No conozco sus intenciones, pero temo que tome usted una resolución extrema, y contra esa resolución quiero prevenirla.

—Y Raynaud, ¿qué tiene que ver en todo eso?

—Le ruego que me deje hablar francamente, tal vez con brutalidad, en interés de todos, y con objeto de no herir delicadezas. Usted sabe que soy un hombre rudo, que digo las cosas tal como las pienso...

—Bien, bien. Le supliré que hable, dijo Rosa asustada con aquel preámbulo.

—He traído para Raynaud muy malas noticias de América. Usted no ignora que habíamos emprendido una formidable especulación que al principio parecía salir bien, pero hemos tropezado con rivales poderosísimos y sin escrúpulos. Quisimos luchar, pero fuimos vencidos; una gran parte de mi fortuna está comprometida, y toda la de Raynaud se ha perdido.

Rosa miró á Evans tranquilamente.

—¿No es más que eso?

—¡Cómo! Se trata de millones, de la única esperanza en lo porvenir, de una empresa admirable, y todo está perdido irremisiblemente.

—Si me hubiese dicho usted ayer que era preciso escoger entre las riquezas de Raynaud y su vida, ¿cree que hubiera vacilado? ¿Qué me importa que se quede pobre, si vive? En el fondo, prefiero que sea así. Fabulosamente rico como se decía que era, hubiera parecido que especulaba; sin fortuna, nadie podrá dudar de que lo abandono todo por un afecto.

—¿Está usted decidida á abandonarlo todo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿qué harán ustedes?

—Puesto que es pobre, cuando yo sea libre nos iremos á Beaumont á la fábrica de mi padre, y allí viviremos todo el año. Se encargará de nuevo de la dirección, que nunca hubiese debido dejar, y viviremos tranquilos y dichosos.

—Sin fortuna.

—No, no sin fortuna. Mi padre es rico, y no permitirá que carezcamos de nada.

—¿Y usted no echará algo de menos?

—Sí; no haber pensado de este modo hace tres años, y haber estropeado tristemente una parte de mi vida.

—¿Ese es el fondo de su pensamiento?, preguntó Evans con expresión radiante.

—Sí, ese es el fondo de mi pensamiento.

Rosa se interrumpió un momento, miró á Evans con sijeza, y sonriendo repuso:

—Querido Evans, era inútil dar tantos rodeos para conocerlo; no tenía más que haberlo argumentado honradamente, y le hubiese contestado lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó el americano con sorpresa.

—Quiero decir que sus malicias están, como decimos en Francia, cosidas con hilo blanco, y se ven los puntos; si hubiese querido aprovecharme de ellas, hubiera podido mantener las palabras, por lo demás muy sinceras, que he pronunciado hace un momento; pero eso no sería digno de mí. Crea usted que estoy curada de todas las debilidades pasadas; puede tener confianza absoluta en mí, en lo que á Raynaud se refiere, y no someterme á nuevo interrogatorio.

Evans se puso serio.

—¿No ha creído usted cuanto le he dicho al referirle el desastre de nuestras empresas?

—No, no lo he creído.

—Sin embargo, es exacto.

—¿Se empeña usted? En ese caso lo siento por usted, pues en lo que á Valentín se refiere me es indiferente.

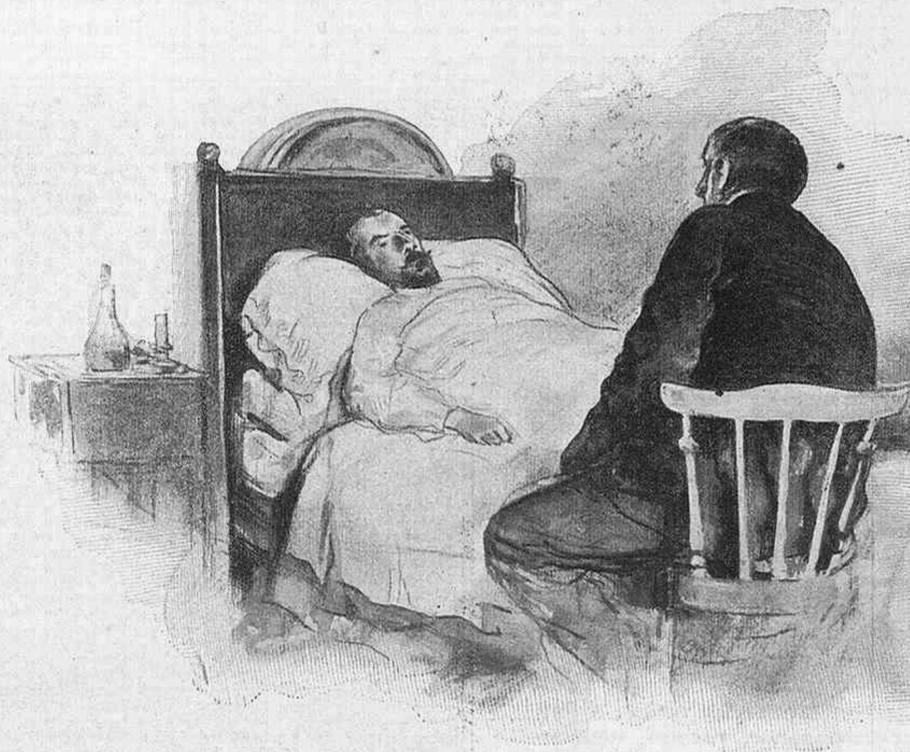
—Ahora piensa usted así.

—En adelante pensaré siempre lo mismo. He pagado demasiado cara mi ambición para que me sacrifique á ella de nuevo.

Los ojos de Evans se llenaron de lágrimas, y tendiendo la mano á Rosa dijo con emoción que alteraba su voz:

—Confieso que he dudado de usted hasta hace un momento, pero hablando como habla, la duda no es posible. Acepte mis excusas á perdoneme.

La joven se dirigió hacia Evans, y presentándole la frente le dijo:



Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranquilo...

—Si quiere complacerme, déme un beso.

No lo repitió, y abriendo la puerta de la habitación de su amigo le dijo:

—Esta vez, Raynaud, puede alegrarse; la que le traigo es suya. Pero amigo mío, debo confesar que es más lista que yo: me ha cogido en el lazo que le tendí.

Rosa y Valentín se estrecharon la mano sin preguntar nada á Evans.

La velada terminaba en casa de Prévinquieres. Mauricio leía el periódico, mientras Duburle y su madre jugaban una partida de *piquet* y Rosa hablaba en voz baja con su padre. Entró un criado, presentando una tarjeta. Prévinquieres se puso los lentes y leyó: «Allard..., comisario de policía...»

—Perfectamente.

Recorrió el salón con una mirada, y en todos los rostros leyó la misma pregunta; y dejando la tarjeta dijo al criado:

—Haga entrar á ese caballero en mi despacho.

—Me figuro, dijo Duburle, que viene de parte de su yerno de usted.

—Acierta usted; es el Sr. Folentin que se da á conocer; ya me lo había advertido.

Y levantándose dijo á su hija:

—Hay que recibir á ese funcionario sin hacerle esperar. Rosa, ¿quieres hablarle?

—¿Para qué?

—¿Estás decidida á no volver á casa de tu marido?

—Después de su modo de proceder, más que nunca.

—Folentin no sabe conducirse; carece de tacto.

—Es un hombre despreciable, dijo la señora Prévinquieres; díselo de mi parte á su representante.

—Me guardaré mucho. Con un comisario de policía no se gastan bromas; no sabéis los servicios que puede prestar esta gente ni las desazones que puede producir.

—No me disgustará, dijo Mauricio, asistir al diálogo de papá con el comisario.

—Acompáñame, pero no abras la boca; es inútil que prodigues las tonterías de costumbre.

El comisario de policía Allard era un hombrecito rubio, algo obeso, de rostro alegre, vestido de gris como Caraby y luciendo en el ojal la cinta de la Le-

gión de Honor. Se inclinó sonriendo ante Prévinquieres, y aceptando la butaca que Mauricio le ofrecía dijo:

—Caballero, mi misión es un tanto molesta. Vengo encargado por el barón de Rocher, encargado, repito, de rogar á la baronesa que vuelva á su casa para vivir con su esposo, según el artículo 214 del Código civil.

—Señor comisario, contestó Prévinquieres, yo estoy encargado por mi hija, la señora baronesa de Folentin, de declararle que bajo ningún pretexto y por nada del mundo consentiré en sufrir las exigencias de su marido.

Allard sonrió y miró amablemente á Mauricio y á Prévinquieres.

—Eso es claro, terminante y simplifica las formalidades. No se asombrarán ustedes, señores, si les hago firmar el acta en que debe constar la negativa opuesta á mi demanda... Es de derecho... Presumía el modo como sería acogida mi pretensión, y he traído el documento judicial. Yo les ruego que lo firme la señora baronesa, á fin de que conste que permanece en casa de sus padres sin obedecer á ninguna presión.

—Mauricio, lleva ese papel para que lo firme tu hermana.

—Mi deber sería recoger la firma de la señora baronesa en persona, dijo galantemente el comisario; así habría tenido el gusto de presentar mis respetos á una de las mujeres más hermosas de París, pero quiero dejar á un lado los rigorismos legales y portarme como hombre de mundo.

—Muchísimas gracias, dijo Prévinquieres tomando el papel de manos de Mauricio, que volvía de hacer firmar á su hermana.

—Ya está la firma que deseaba usted. Ahora mi hijo y yo pondremos las nuestras...

—Y todo estará terminado. Le suplico, caballero, que presente mis excusas á la señora baronesa de Rocher, por haberla molestado con esta formalidad, y créame su seguro servidor.

El hombrecillo vestido de gris, con el acta en el bolsillo, se disponía á salir, cuando Mauricio le dijo:

—Señor comisario, si no tiene usted inconveniente bajaremos juntos. Buenas noches, papá.

—¡Mauricio!, murmuró con inquietud Prévinquieres.

—No temas, dijo el joven sonriendo, sé con quién trato.

Y añadió en voz baja, al oído de su padre:

—El comisario es un buen hombre.

Presentando una caja de habanos al Sr. Allard, le dijo:

—¿Un cigarro para salir?

—Con mucho gusto.

—Señor comisario, dijo Prévinquieres, usted lo pase bien.

Mientras se dirigía al salón, Mauricio y Allard bajaron la escalera y salieron á la calle.

—¿Adónde va usted?, preguntó el joven.

—A la comisaría.

—¿Tiene usted prisa?

—No.

—Entonces iremos un rato juntos.

—Con mucho gusto. El cigarro es exquisito.

—Son cigarros que papá hace traer directamente de Cuba por medio de sus corresponsales. Estas marcas no se encuentran en Francia.

—No me hable usted, dijo el comisario exaltado. La explotación del tabaco por el Estado, tal como se practica en Francia, es una vergüenza. Se envenena al consumidor en provecho del presupuesto. ¿Debe ser así?

—Si le oyese á usted el ministro de Hacienda...

—No me oye. Además, yo hablo como consumidor; el ser comisario no quiere decir que no se sea hombre.

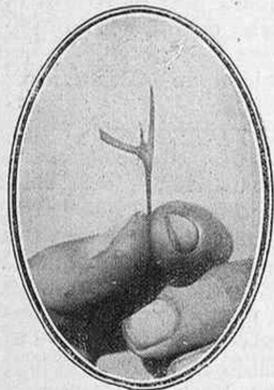
—Tiene usted mucha razón.

Los dos se echaron á reír. En aquel momento pasaban por la Opera, obscura y silenciosa.

(Continuá.)

JARDINES DE ÁRBOLES DE FORMAS CAPRICHOSAS

Se conoce bastante en Inglaterra el arte de cortar y disponer los arbustos de tupido follaje y los árboles bajos y copudos, dándoles formas extrañas, ya de pájaros, hombres y animales, ya arquitectónicas, á fin de embellecer los jardines. De ello pueden verse preciosas muestras en algunas de las más antiguas y hermosas posesiones señoriales, en más de una de las cuales hay jardines de grandes dimensiones enteramente destinados á poner este arte en práctica; y con frecuencia se encuentran también ejemplares aislados, de concepción más ó menos complicada, en los jardines menos importantes de pequeñas casas de campo.



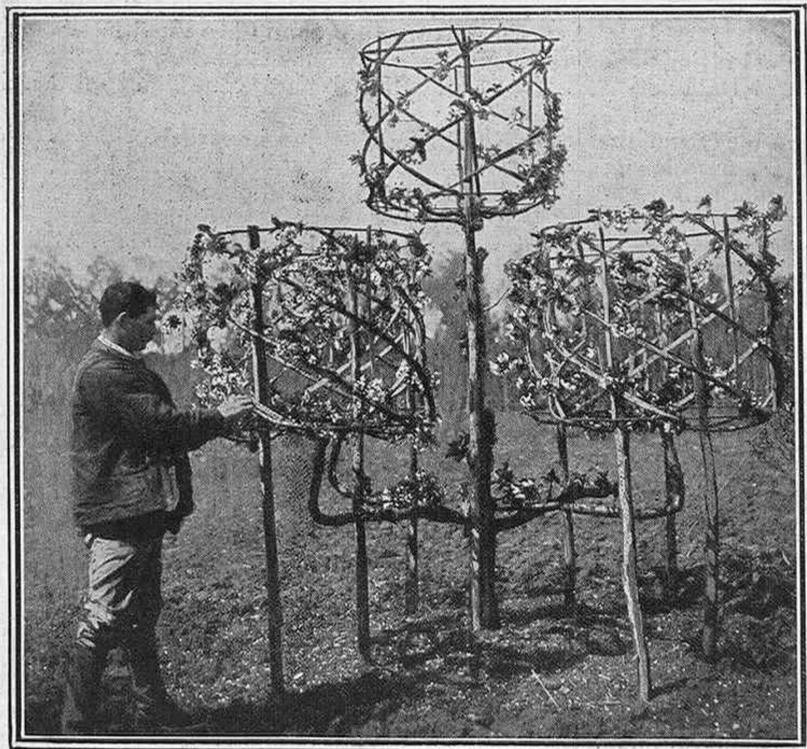
Vástago preparado para ser injertado.

Pero hasta ahora nunca he visto allí jardines de árboles caprichosos que puedan compararse con los que suele hallarse en Francia, especialmente en las cercanías de París. En vez de arbustos recortados, se disponen los árboles frutales y de otras clases de manera que sirvan de adorno al jardín, presentando en conjunto un golpe de vista agradable y digno de admiración, como puede colegirse de las fotografías de diferentes árboles hechos á capricho que acompañan estas líneas.

Cuando se cultiva un jardín para algo más que para recrear la vista, como por ejemplo para enviar fruta al mercado, el empleo de esa clase de árboles produce gran economía de espacio, pues tres ó cuatro de ellos ocupan el que uno solo ordinario ocuparía.

Lo que han logrado los japoneses en la producción de árboles enanos, haciendo que los de cien años de edad no alcancen mayor altura que un metro ó menos todavía, el artista en árboles francés lo ha conseguido produciendo árboles de formas extraordinarias: ambos han desorientado á la naturaleza y obtenido resultados que ella por sí sola jamás hubiera producido, y en el segundo caso por lo menos, no podrá decirse que sean éstos desagradables á la vista.

Con poca dificultad, pero sí con mucha paciencia



Arbol candelabro, formado de veintiséis injertos, por lo menos

y cuidado, puede el jardinero hacer que crezca el árbol afectando la forma que quiera, por muy rara que sea; el modo de proceder no es ningún secreto. Se consigue injertando sencillamente el árbol que ha de ser objeto del experimento, ó más bien tantos vástagos á la vez como sean necesarios en otro árbol de una especie resistente y que crezca despacio, el

cual servirá de tronco. No se le ha de permitir que crezca á su gusto y manera para cogerlo después y obligarlo repentinamente á que tome la forma que se desea; sino que, año tras año, se le va construyendo á pedazos piso por piso, como si dijéramos. Tratar de que un árbol ya crecido tome una dirección determinada es perder el tiempo.

He visto un manzano muy notable que representaba una silla. Como se comprende fácilmente, cuando estaba del todo florecido presentaba un aspecto muy bonito; un árbol así, con otros cuatro ó cinco de las formas que luego describiremos, bastan para adornar cualquier jardín. Un árbol semejante, aunque comparativamente pequeño, representa el trabajo de varios años, cuatro ó cinco por lo menos, porque cada rama que ha de crecer en una dirección determinada hay que injertarla por separado y no se puede hacerlo con más de dos á la vez.

El método que se emplea para que adquieran la forma que se desea consiste en sujetar las ramas que están creciendo á una armazón de madera ó hierro, cortando todos los vástagos que de ella se separan, de modo que la savia sólo alimente las ramas necesarias al objeto, lo que hace naturalmente que éstas se desarrollen con mayor rapidez. Las manzanas de ese árbol-silla eran de buen color y tamaño.

Las figuras que pueden obtenerse no tienen límite y se utilizan los árboles frutales de todas clases, como manzanos, perales, melocotoneros, cerezos, etc.; este último es el más difícil de manejar, pues tiene gran propensión á crecer á su mane-

ra. Un cerezo que afecte la forma de una doble urna tiene dos series de ramas circulares, una exterior y otra interior. La primera consta de ocho y se injertan separadamente, á iguales distancias, alrededor de un tronco pequeño, á un pie de distancia del suelo. La segunda se compone de cuatro, injertadas de igual modo y un pie más alto que las primeras. El árbol crece apoyado en una armazón de aros de hierro y pies derechos de madera y se deja que el círculo interior crezca más que el otro.

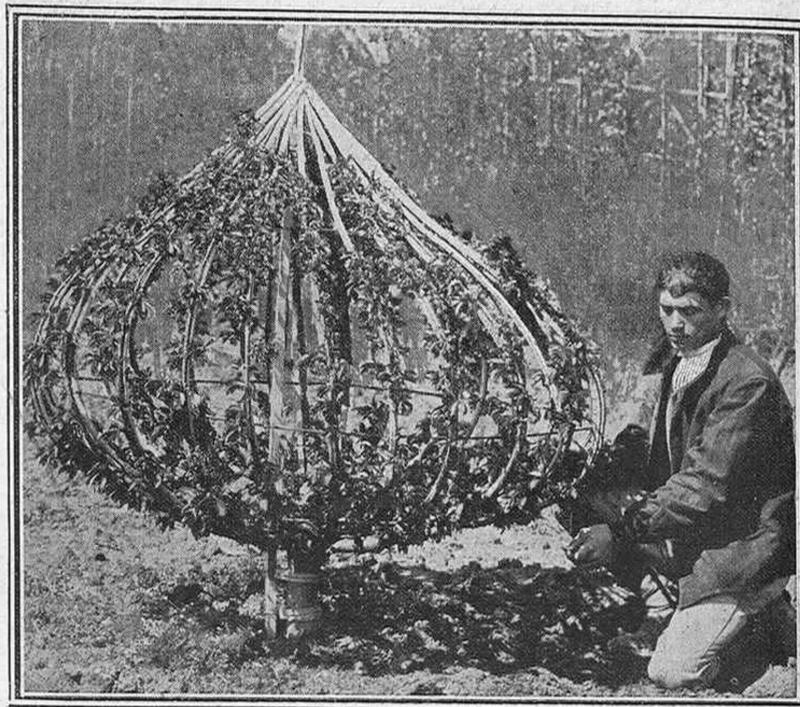
No pueden menos de llamar la atención del espectador las figuras tan lindas y simétricas que se obtienen cuando se quiere que imiten urnas, pirámides, círculos, etc. Una de las más difíciles de conseguir es la doble espiral, que es lo más caprichoso de lo caprichoso. El árbol ha de crecer adaptándose á una armazón especial y va subiendo dando cinco ó seis vueltas en espiral, cada una de las cuales representa un año de vida; un árbol así, cubierto de fruta, vale doscientos cincuenta francos. En este caso, como en todos, las ramas están sujetas á la armazón, y cuando han alcanzado la suficiente altura, no hay más que cortarlas.

Otra figura menos difícil es la de los círculos en disminución, y consiste en cierto número de ramas circulares que parten de un mismo tronco. Por lo general son cinco órdenes, cada uno de los que va disminuyendo en tamaño á partir del centro. Como no puede comenzarse hasta el segundo año de su existencia y sólo se injerta un círculo cada año, se necesitan cinco para completar la figura. Se injertan á la vez dos ramas, una á la

derecha y otra á la izquierda, así es que al terminar tendrá diez.

Otra figura igualmente bonita se forma doblando dos ramas, para que formen un círculo, situadas en el tronco, á unos cinco pies del suelo, y de ellas irradian varias más; así es que el árbol parece exactamente una rueda; esta figura requiere diez injertos.

Viendo la fotografía que damos del árbol candelabro, se puede formar idea de lo mucho que puede conseguirse en materia de dar á los árboles formas determinadas por medio del injerto. El citado árbol es una obra maestra de este arte, que requiere infinita habilidad y mucho cuidado durante algunos



Arbol al que se ha obligado á crecer formando un globo

años, y por lo tanto, no es de extrañar que un árbol semejante se venda por quinientos francos y hasta por más. Para llevar á cabo esa obra es difícil precisar con exactitud el número de injertos que son necesarios; pero en el tronco primitivo hay primeramente cuatro para sostener las copas de los costados y luego seis para la de arriba. Cada una de ellas requiere ocho ó diez injertos; así es que el árbol queda compuesto, por lo menos, de veintiséis ramas injertadas.

Otra obra maestra que patentiza la extraordinaria paciencia que necesita tener el que se dedica á crear árboles caprichosos y que además tiene una forma bastante original, es el árbol globo. Para conseguirla veinte injertos crecen sujetos á una armazón elíptica de madera, sobre un soporte de hierro. Terminado el globo, tiene una altura de cuatro pies y medio, y cuando está cubierto con todas sus hojas parece una bola verde.

En otra fotografía se ve el árbol-paraguas, á cuyas ramas se las obliga á dirigirse hacia abajo á lo largo de unos travesaños de madera sostenidos por aros de hierro. Si se trata de dar la forma de una urna, las ramas, al contrario, han de crecer hacia arriba sujetas á unas varas que se tienen á la conveniente distancia del tronco, poniendo alrededor de éste unas estacas de madera de trecho en trecho.

En las cercanías de París hay muchos terrenos dedicados al cultivo de estos árboles caprichosos; el visitarlos, después de haberlo hecho á los viveros comunes, es muy instructivo y proporciona un agradable recreo. Allí se ven fanegadas de tierra donde sólo hay troncos destinados únicamente para servir de tales á dichos árboles; otras llenas de tiernas estacas dispuestas para ser injertadas; las hay en que parece que sólo brotan del suelo armazones de madera; pero á ellas están sujetos los tiernos arbolillos para que se amolden, y por último, centenares de otros árboles más adelantados afectando innumerables formas.

El injerto de los vástagos en la posición requerida se practica en el otoño y á principios de la primavera. Se saca un vástago de una rama tierna y vigorosa en el punto mismo en que aparece un nuevo retoño; se hace una incisión en el sitio en que se necesita una rama, se aparta la corteza á cada lado para

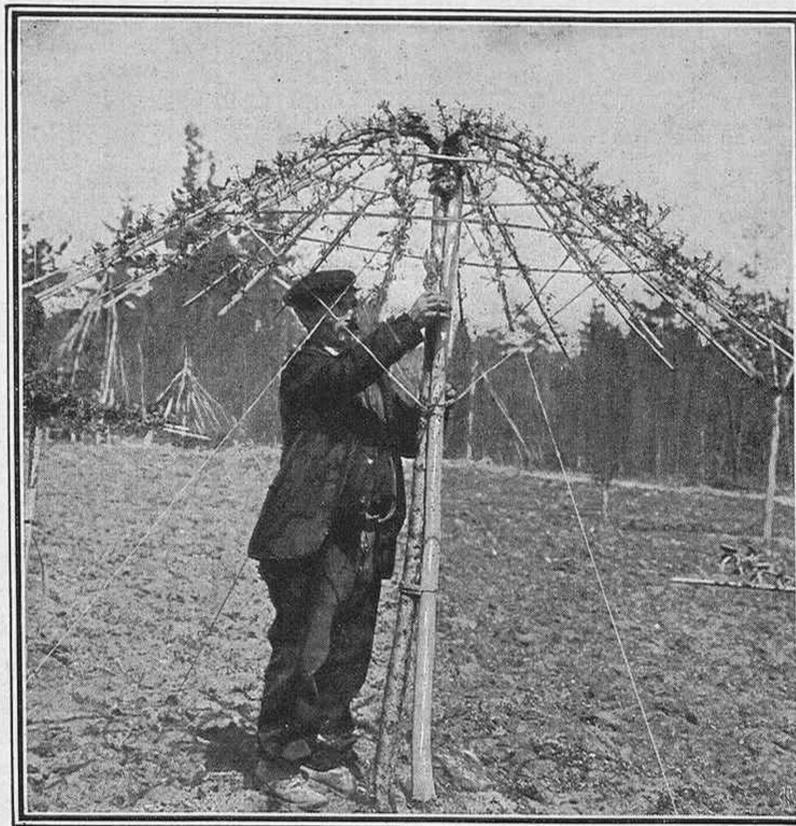
dejar el tronco desnudo y se injerta el vástago volviéndose a unir la corteza. Se sujeta el vástago en la posición requerida, amarrando fuertemente alrededor de la inserción un vendaje de paja que no se quita hasta que se vea que el injerto ha prendido. A esta nueva rama se la puede dirigir en el sentido que se quiera.

Pero no consiste en esto solo el arte de obtener árboles caprichosos. Ha de vigilarse atentamente su desarrollo para cortarlos y podarlos tantas veces como sea necesario, á fin de que tengan las ramas la fuerza y dimensiones que se requieren con arreglo á la posición que en el árbol ocupan.

En algunos casos pasan cuatro ó cinco años antes de que el árbol esté perfecto; pero, naturalmente, el tiempo que se tarda depende en gran parte de la forma que se le quiere dar. Para obtener un candelabro bien acabado se necesitan por lo menos cinco años; para una urna, en iguales condiciones, dos únicamente.

En el invierno, ó cuando han muerto, esos árboles caprichosos aparecen como descarnados esqueletos; pero cuando están con todas sus hojas y cargados de fruta presentan á la vista un espectáculo curioso y agradable, que sólo viéndolo puede apreciarse en su justo valor.

HOWARD C. LESSING.



Disponiendo un árbol para que crezca en forma de paraguas

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

TRATADO DE GEOGRAFÍA ESCOLAR, por *Francisco Javier Vergara y Velasco*. — Verdaderamente recomendable es el libro que acaba de publicar el docto catedrático del Cundinamarca, ya que obedece á un plan digno de encomio, cuyos resultados han de corresponder á los nobles propósitos de su autor. La obra á que nos referimos ha sido declarada de texto en todas las Escuelas Oficiales de la República de Colombia, formando un volumen de 286 páginas, cuidadosamente impreso en la imprenta Eléctrica, de Bogotá.

EL MODERNISMO, por *E. Gómez Carrillo*. — El autor de este libro es considerado con razón como uno de nuestros buenos cronistas; en sus artículos, la profundidad del pensamiento que los informa corre parejas con la amenidad con que sabe presentarlo, y así sus crónicas siempre enseñan algo y siempre se leen con gusto. Catorce de estos trabajos están reunidos en el tomo que nos ocupa, y en la mayoría de ellos fustiga con razones convincentes á esa literatura llamada modernista, que las más de las veces es sólo disfraz que esconde la ignorancia y el mal gusto. Primorosamente editado en Madrid por D. Fernando Fe, véndese el libro á 3'50 pesetas.

BARCELONA Á LA VISTA. — Se han puesto á la venta los cuadernos de esta colección que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López; cada uno de ellos contiene diez y seis interesantes vistas de Barcelona y sus alrededores, y se vende á 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadrados, á 5 pesetas uno, para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

HARINA LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curada por el Verdadero HIERRO QUEVENNE ▶
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR

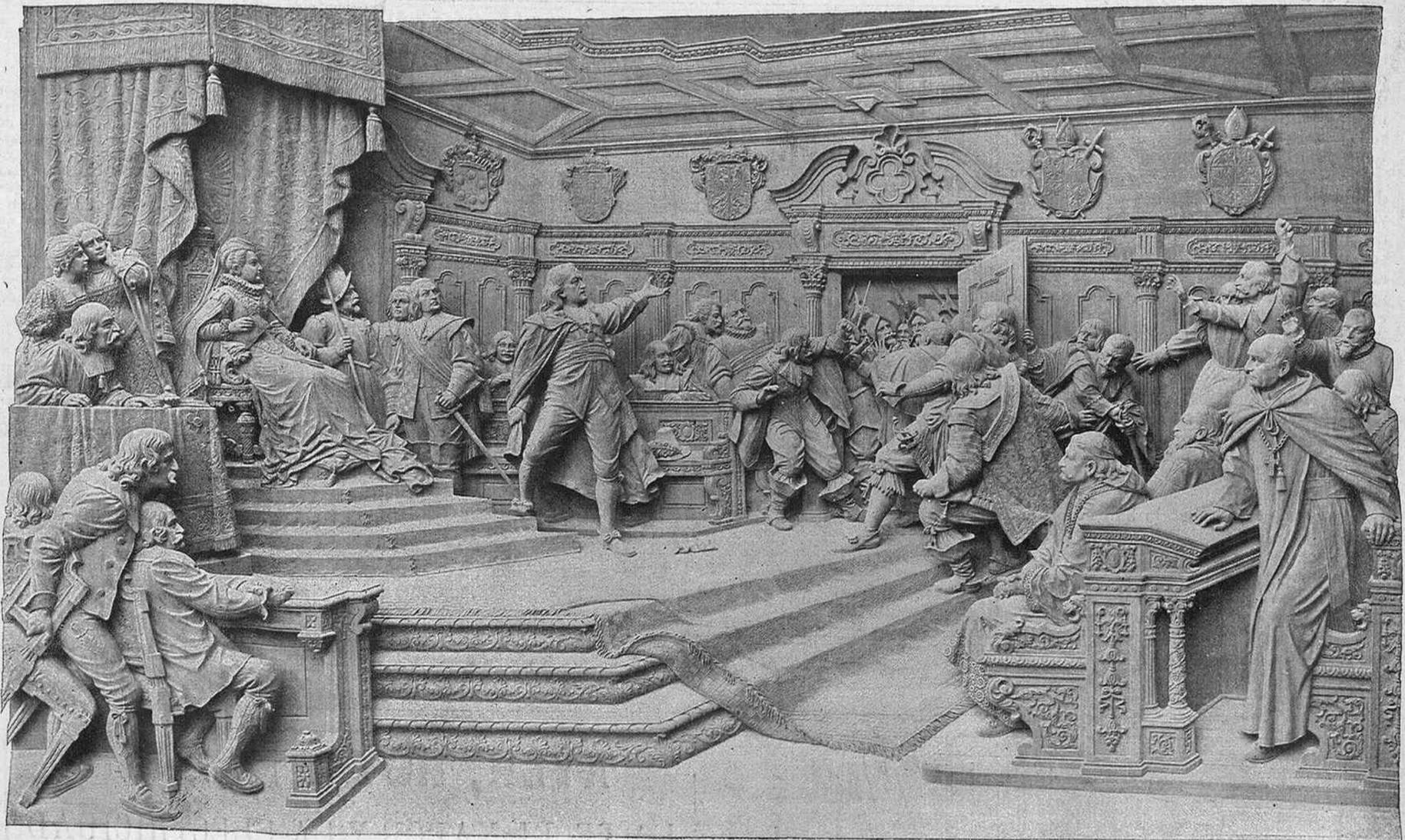
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVOLE DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



BIENER, EL CANCELLER DEL TIROL, EN LA DIETA DE INNSBRUCK, ESCULTURA EN MADERA DE JUAN PITSCHMANN, REPRODUCCIÓN EXACTA DEL CUADRO DE CARLOS AURATHER, EXISTENTE EN EL MUSEO DE INNSBRUCK

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

BORICINA
MEISSONNIER
REMEDIO SOBERANO
CONTRA LAS
Enfermedades de la PIEL
y de las MUCOSAS
Higiene del TOCADOR
EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO
en los Hospitales de Paris.

Para evitar las Falsificaciones, exijase la caja segun modelo al margen, entera y sellada.
DEPÓSITO AL POR MAYOR EN ESPAÑA: ALFREDO RIERA ó HIJOS, Barcelona.

FRANCO 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ABOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. N. St. Denis, 24

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET HONGUE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
185, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE
de BLANCARD
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

APROBADAS por la Academia de MEDICINA
DE BLANCARD

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris